

# Los Contemporáneos



Número extraordinario

## FLOR DE LOS PAZOS

COMEDIA EN DOS ACTOS, ORIGINAL DE

15 Cents.

Manuel Linares Rivas

Ayuntamiento de Madrid



# PILO SUBLIMADO

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la Calvicie, la Tiña Pelada y las Ganas. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)  
Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



—¿Qué más?

—Acúsame también de una locura que nunca olvidaré. Pues fué el suceso que, en la faz, mi novio me dió un beso. el día que empecé, por mi ventura, a usar polvos y crema PECA CURA.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color moreno (siete matices) rosa o blanco, 2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 ptas., según frasco. PEDID las lociones y esencias para el pañuelo serie "Ideal", perfumes: ADMIRABLE, Rosa de Jericó, CHIPRE, Ginesta, ROSA, Matinal, MIMOSA, Rocio Flor, ACACIA, Vértigo, VIOLETA, Clavel, Jazmín, Muguet, SIN IGUALES por su finura, intensidad y persistencia. Esencia, 16 pesetas estuche; lociones, 4 y 5 pesetas, según frasco. Últimas creaciones de

**CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA**

## Fábrica de corbatas

Camisas, guantes, - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio filo. 12. CAPELLANES. 12. Precio filo

## UNA SEÑORA

ofrece comunicar gratuitamente a todos los que sufren de: neurastenia, debilidad general, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tibia, asma, neuralgias y enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa, de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer.—Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy, en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación, cuyo propósito puramente humanitario, es la consecuencia de un voto.—Dirigirse únicamente por escrito a D<sup>a</sup> Carmen T. García, Salmerón, 167.—Barcelona.

## OBRAS

### de Augusto Martínez Olmedilla

que pueden adquirirse en la Administración de «Los Contemporáneos».

El templo de Talía  
Idilio trágico.  
Siervo y tirano.  
Los hijos.

Donde hubo fuego...  
La ley de Malthus  
Siempre viva.

Precio de cada una, 3 pts.

Los lectores de «Los Contemporáneos» que deseen adquirir alguna, la recibirán franca de porte enviando a esta administración, por cada tomo que soliciten, 3 pesetas en sobre monedero, giro postal u otro medio análogo.



DIRECTOR: AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

## FLOR DE LOS PAZOS

### ACTO PRIMERO

Una sala con el aspecto entre sala y zaguán, en un piso bajo del Pazo de la Torroeira. A foro izquierda una gran chimenea de piedra: la campana, sostenida por dos columnas, tiene, en piedra también, el escudo señorial. A foro centro, el portón; a foro derecha, una ventana apaisada, con reja recta. El portón y la ventana están abiertos, penetrando por ellos la luz de una mañana de Septiembre a medio día. Entre la chimenea y el portón, en una repisa adosada a la pared, una Virgen de talla, y a sus pies, en un vaso, una luz de aceite encendida. Las paredes, marqueteadas de piedra, con cuadros antiguos, trofeos de caza, armas, etc. Muebles antiguos. Puertas laterales. Forillo, campo con toda la extensión posible.

(PEREGRINA, cubriendo con ramas de flores unas cestillas de frutas. MANUELA y MARUJA ayudándola. DON ROMUALDITO, de levita corta, alzacuello y cadena de oro del reloj, paseándose con un libro en la mano.)

PEREGRINA. — Llevad estas cestillas a donde están las otras, y las presentaréis cuando llegue el momento, para que Jacobo, el hijo del amo, pruebe las muestras de todos los frutos que dan las tierras de este señorío de la Torroeira.

MANUELA. — No querrá gustarlas.

PEREGRINA. — Con obedecer cumplimos. ¡Ligeras, ligeras!... (Mutis por izquierda de Manuela y Maruja.)

(Sale el ABAD, por foro, vestido igual que DON ROMUALDITO, sombrero ancho flexible, escopeta y una liebre a la cintura.)

ABAD. — ¡Llego a tiempo, Peregrina?

PEREGRINA. — Siempre, señor Abad.

ROMUALDITO. — Felices, señor Abad de Tarrade.

ABAD. — Hola, cura.

PEREGRINA. — ¿Viene de caza?

ABAD. — No. Una liebre que se atravesó en mi viaje y la he matado... por matar algo.

PEREGRINA. — ¿Quiere refrescar?...

ABAD. — Sí, refrescaremos, que traigo dos leguas a pie: dame unas magritas y

un dedito de vino. Cuestión de sostenerse nada más, hasta el almuerzo.

ROMUALDITO. — ¿Nada más?...

(Salen MANUELA y MARUJA, por la izquierda.)

PEREGRINA. — Echa una mano, Manuela.

ABAD. — ¿Para qué estoy yo aquí?

PEREGRINA. — No se moleste...

ABAD. — ¡Bah, bah!... (Entre Peregrina y el Abad se llevan la mesa por la derecha. Maruja recoge unas ramas caídas y mutis siguiéndoles.)

ROMUALDITO (Sonriendo; por el Abad.) Sirve para todo...

MANUELA. — Estando él no hay que llamar a nadie. Cristal que se rompa, cafetería que se atranque, chimenea que no tire, ya está él arreglándolo, que es muy dispuesto... ¡Hay que oírle al ama lo dispuesto que es!... ¡Y además es mucho hombre de bien este señor Abad! No le tiene orgullo ninguno; a bondadoso no se le pone nadie delante, que todo lo suyo es de los pobres; y de sermoneador no hay otro. Dice unas cosas que siempre hacen llorar... ¡Da mucho gusto oírle! Y sabe de médico y de hortelano y de cazador... de todo. (Interrumpiéndose.) ¡Y a usted qué le pasa, señor Capellán? ¿No puede atrapar esos latines?...

ROMUALDITO. — No...



MANUELA.—¿Tan condenados son?...

ROMUALDITO.—Mujer, condenados no es buena expresión.

MANUELA.—¿Y para qué los busca?... ¿Por qué no habla siempre en castellano, que se le entiende mejor?

ROMUALDITO.—¿Por qué no llevas tú siempre las ropas de diario, que vas más suelta y más cómoda?... ¿Para engalanarte?...

MANUELA.—Un poco no sobra...

ROMUALDITO.—Pues así yo, cuando la ocasión lo requiere, saco mi latín, que es mi lujo: como si dijéramos, mi ropa de cristianar.

MANUELA.—¿Y qué adelanta si no le comprenden?

ROMUALDITO.—Dios lo oye.

MANUELA.—También le oíría en romance. Para El, igual, y para nosotros más claro.

ROMUALDITO.—Tú no eres la llamada a juzgarlo, que no pasas de ser una humilde sirviente, una asalariada...

MANUELA.—No empiece a motes, señor capellán, que yo soy una mujer muy decente.

ROMUALDITO.—Esto no es ofensivo: significa que prestar servicios mediante una retribución, una soldada...

MANUELA.—Lo mismo que usted.

ROMUALDITO.—Distingo...

MANUELA.—Ay, distinga todo lo que quiera, pero tanto le pagan a usted como a mí.

ROMUALDITO.—Lo mío es una labor espiritual.

MANUELA.—Que la cobra en pesetas.

ROMUALDITO.—¡Manuela!

MANUELA.—Mire, siga con los latines, que más provecho le harán, y no venga con diferencias de imaginación, que no se le ven muy claras. ¡Vaya! (*Mutis Manuela por la derecha.*)

(Sale ROSENDO por izquierda.)

ROSENDO.—¿Qué hace, don Romualdito?

ROMUALDITO.—Nada.

ROSENDO.—Pues tenga la bondad de llegarse al horno, que aún no trajeron las empanadas.

ROMUALDITO.—Con mucho gusto. Ahí está el señor Abad de Tárrade.

ROSENDO.—¿Duerme?

ROMUALDITO.—No.

ROSENDO.—¿Come?

ROMUALDITO.—Sí.

ROSENDO.—Pues dejémosle, que está en su elemento, y después dormirá.

ROMUALDITO.—Es un santo varón, aunque tal vez tenga el genio un poco vivo.

ROSENDO.—Reminiscencias de sus campañas por la buena causa. A su rey lo defendió a tiros y hoy catequiza a las almas a cachetes.

ROMUALDITO.—¡Pero al cielo va!

ROSENDO.—Seguramente. Y como allí le pongan alguna dificultad, entra a puñetazos.

ROMUALDITO.—Es muy posible. Sin ese carácter vivo sería perfecto. Ahí viene.

(Sale el ABAD por derecha.)

ABAD (*Abrazándole.*) — ¿Hay albricias, mi señor don Rosendo de Tarroeira?

ROSENDO.—Haylas, señor Abad, y de las grandes.

ABAD.—¿Entre doce y media y una?...

ROSENDO.—Por el andar de la yegua, eso calculo.

ABAD.—¡Ya era hora de que el hijo volviera a la casa!

ROSENDO.—¡Once años, abad!

ABAD.—¿Once años, don Endo...?

ROSENDO.—Cuando uno mira hacia adelante, parecen eternos: pasados son un soplo... Mi Jacobo marchó porque le tardaba el momento de gobernarse a sí mismo y no había espacio aquí para su actividad de mozo... A su madre y míos ha costado muchas lágrimas la ausencia, y la pobre murió sin volverle a ver.

ROMUALDITO.—Para dos años va...

ROSENDO.—Como era el único hijo, al hallarme solo en este caserón, creí que se me caían encima las paredes. ¡Pero no se caen!... Con igual indiferencia cobijan a muchos o a pocos...

ABAD.—Déjese de eso. El hijo está ahí ya, que es lo importante: ahora a recibirle.

ROSENDO.—¡Con los brazos abiertos! Y para mayor alegría vuelve sano y fuerte y hasta con un poco de dinero

ABAD.—No hacía falta.

ROSENDO.—No. Sin embargo, mi amor o mi egoísmo, prefieren que vuelva con él, y no que vuelva por él. Así creo más cuando me dice que no le trae sino el afán de verme y el natural deseo de cuidar nuestra hacienda, pues él mismo considera que sería un crimen el exponerse a que se desmoronara la casa por faltarle su legítimo sostén.



ABAD.—Muy bien pensado.

ROMUALDITO.—Sí, señor. Ahora que, precisamente por llegar el Jacobo, estimo yo que ha llegado el caso de tomar alguna determinación en el otro asunto.

ROSENDO (*Riendo*).—¿En el de Peregrina?...

ROMUALDITO.—Sí, señor. Dicho sea con todos los respetos...

ABAD.—¿Qué ocurre?...

ROSENDO.—Don Romualdito dice que la Peregrina, mi ahijada, es muy guapa.

ABAD.—Como no tenga otro defecto, ese ya se le puede aguantar.

ROSENDO.—Dice que es joven.

ABAD.—Dispénsele usted eso también.

ROSENDO.—Dice que es muy simpática, muy afectuosa, y que nos tiene dominados a todos a fuerza de bondad y de cariño...

ABAD.—¡Caramba, caramba, cómo se van acumulando las contrariedades!

ROSENDO.—Dice que viene Jacobo...

ROMUALDITO.—Y es una temeridad que vivan bajo el mismo techo.

ROSENDO.—Esta no es cuestión de techo.

ROMUALDITO.—¿No?...

ROSENDO.—No: de tabiques. Y don Romualdito propone que yo estudie el modo de alejarla...

ABAD.—¿Y a dónde va a ir?... ¡Porque ella no tiene a nadie en el mundo!

ROMUALDITO.—A un convento...

ABAD.—¿A un convento sin vocación?... No, porra, no; ni por ella ni por el convento.

ROMUALDITO (*Escandalizado*).—¡Señor Abad!

ABAD.—Perdone.

ROSENDO.—Y además de ese peligro, don Romualdito teme que el día de mañana mi afecto por esa Peregrina, que ha crecido aquí, perjudique los intereses de Jacobo.

ABAD.—Y aunque los perjudicara en algo, ¿qué? ¿No hay de sobra para los dos?

ROMUALDITO.—Sí, señor...

ABAD.—¿Pues entonces qué porra le va usted a contar a don Rosendo?

ROMUALDITO (*Cada vez más espantado*).—¡Señor Abad...!

ABAD.—Perdone. Pero es que a mí me queman las injusticias, por... (*Llevándose la mano a la boca para no soltar la palabra otra vez*.)

ROMUALDITO (*Tímidamente*).—Usted no ignora que el Código civil...

ABAD (*Tremebundo*).—¡Lo ignoro! Y

el Código civil, y el Penal, y las Pandectas y la Novísima Recopilación... ¿quiere usted más Códigos?

ROMUALDITO (*Aterrorizado*).—No, señor...

ABAD.—Y una estantería de libros encima, y el diablo por copete, y aún por encima veo yo la injusticia de lo que usted se propone.

ROMUALDITO.—No se incomode, no se incomode...

ROSENDO.—No hablemos de eso. Peregrina sigue en mi casa.

ROMUALDITO.—Bien, bien. Entonces, voy a lo de las empanadas.

ROSENDO.—Vaya.

ABAD (*Abrazándole afectuoso, pero brusco*).—¿Y dispense, eh?

ROMUALDITO (*Azorado*).—Sí, señor; sí, señor... (*Mutis Romualdito por foro*.)

ROSENDO.—Algo de razón tiene, sobre todo en su primera advertencia.

ABAD.—No lo niego, pero contra eso ya lo sabe usted. Tabiques, don Rosendo, tabiques.

PEREGRINA (*Por la derecha*).—Cuando guste, señor Abade.

ABAD.—Voy a refrescar. ¿Quiere?

ROSENDO.—Que aproveche.

ABAD.—¿Te va bien el traje de fiesta!... (*Volviendo al lado de Rosendo, al oído*). ¡Y cerrojos!

ROSENDO (*Riendo*).—Bueno.

PEREGRINA.—¿Qué le dijo?

ABAD.—Que peores que tú ya las hay por el mundo. (*Mutis por derecha*.)

PEREGRINA.—No fué mucho favor...

ROSENDO.—¿Arreglásteis todo?

PEREGRINA.—Todo está en orden ya, don Endo. Lo viejo se ha remozado y lo mozo resplandece: la plata brilla como luna y el oro como sol.

ROSENDO.—¿Y mi encargo principal? ¿Sacásteis los vestidos?...

PEREGRINA.—De madrugada, y aunque estuvieron al aire toda la mañana, conservan aún el aroma de los membrillos olorosos. La seda y el terciopelo huelen a limpios y a bien cuidados.

ROSENDO.—¿Y las alhajas?

PEREGRINA.—En los estuches; y los estuches en el cofrecito.

ROSENDO.—Bien. Al pisar mi Jacobo el umbral de los Pazos de la Tarroeira yo le recibiré amoroso, y cuanto fué de su pobre madre, de su madre le hablaré en el instante mismo de llegar.



PEREGRINA.—Va a entristecerse el hijo, don Endo...

ROSENDO.—Bien hará, que por su madre es. Y pasada esa nube, mi voluntad dispone que la casa le acoja con júbilo. Díles a todos que en señal de regocijo hoy cobrarán una soldada más.

PEREGRINA.—De todos recibe ya las gracias por mi boca.

ROSENDO.—Tú, Peregrina, le darás cuenta al Jacobo de lo que guardamos en hórreos y bodegas.

PEREGRINA.—Daréla cabal, don Endo.

ROSENDO.—Otras mozas de mi servicio le presentarán ese cofre y las llaves de los armarios, para que a su disposición queden. Amaro justificará las rentas de estos años de ausente; mis caseros y colonos le reconocerán como a su amo, al igual mío y por mitad conmigo. Y después de agasajarle, hombres y bestias holgarán en su labor, que de fiesta y descanso ha de ser el día que vuelva mi Jacobo.

PEREGRINA.—¿Y cómo vuelve de la América?

ROSENDO.—Embarcado.

PEREGRINA.—Eso ya lo sé. Pregunto si viene solo...

ROSENDO.—No, con otros viajeros...

PEREGRINA.—¿No quiere entenderme, don Endo! Digo si casó o no casó allá.

ROSENDO.—¿Y a ti qué te importa?... No empieces a llenarte la cabeza de humo, que el Jacobo no ha de ser para ti.

PEREGRINA.—Tampoco será para mí la santa Iglesia catedral y más me gusta que pase por la mejor del mundo.

ROSENDO.—Y aquellas bobadas que hubo entre vosotros, cuando los dos érais unos chiquillos, en bobadas se quedaron.

PEREGRINA.—Naturalmente. ¿Quién piensa en eso?... Pero decir aún no me dijo de qué viene, padriniño.

ROSENDO.—Anda, anda a tu faena.

PEREGRINA.—¡Deje, que ya se caerá cuando me pregunte alguna cosa! Y sabiendo que no contesta por las buenas, de hoy en adelante le he de pedir como el pobre aquel del Puente San Payo, que pedía siempre con la mano izquierda y siempre le daban limosna.

ROSENDO.—¿Y por qué no con la derecha?

PEREGRINA.—Porque en la derecha tenía un cuchillo.

ROSENDO.—¿Y a cuchilladas?...

PEREGRINA.—No, señor, no pegaba, ni

amenazaba siquiera, pero la gente, a las veces, entiende muy pronto.

ROSENDO.—Anda a tu trabajo.

PEREGRINA.—Me voy muy enfadada.

ROSENDO (*Riendo*).—¿Sí?

PEREGRINA.—Sí. ¿No me da un beso, padrino?

ROSENDO (*Riendo*).—No.

PEREGRINA.—Quedo con las ganas, pero ya me lo cobraré. (*Mutis por derecha*.)

ROSENDO.—¿Y me proponen que abandone a esta criatura?... ¡Qué injustos son los hombres cuando quieren hablar en nombre de la justicia!...

(*Salen ROMUALDITO, por foro*.)

ROMUALDITO.—En seguida traerán las empanadas: yo mismo las he visto. ¿Podría atenderme ahora un minuto?... *Diritque Dominus*.

ROSENDO.—¿Pero don Romualdito, si sabe usted que no le entiendo!

ROMUALDITO.—Así lo escuchará sin prejuicios. Lo que recabo de su amabilidad es que me diga si llega al oído la armonía de las frases.

ROSENDO.—Hable, pues...

ROMUALDITO.—*Diritque Dominus*...

ROMERO (*Por el foro*).—Ave María.

ROMUALDITO.—*Gratia plena*...

ROMERO.—La paz sea en esta casa.

ROSENDO.—Y contigo.

ROMERO.—De Roma vengo; a Compostela voy. ¿No tendrán una caridad para el Romero?...

ROSENDO.—Franca está la puerta. Acompañele, don Romualdito. Que coma hasta saciar el hambre y que beba de mi vino del Rivero lo que tenga en sed. Vaya con el señor Capellán, hermano.

ROMERO.—Que San Bruno, te devuelva ciento por uno; que el Apóstol Santiago, el Mayor, te libre de tus enemigos, moros o cristianos, y que Dios Nuestro Señor, que peregrinó hasta el calvario, en tu calvario de hombre te ayude a llevar tu cruz, y a todos la nuestra.

ROSENDO.—Amén.

ROMUALDITO.—Venga.

ROMERO.—A donde disponga. (*Mutis Romero y Romualdito por derecha*.)

(*Salen AMARO y TONO, por foro*.)

AMARO.—¿Hay licencia?... ¿Pasa éste?...

ROSENDO.—Pasa, Tono.

TONO.—Felices, señor mi amo. Hay dos corderetes más, que nacieron con el día.

ROSENDO.—¿Blancos?



TONO.—¡Blancos los dos!

ROSENDO.—Buen presagio.

AMARO.—Ya le dije yo a éste que era de buena señal.

ROSENDO.—¿Y tú no te ahogas con la capa?

TONO.—Sí, señor, que ahoga, pero no iba a faltar al respeto debido a los señores viniendo sin la capa en ocasión de tanto repique.

ROSENDO.—Se agradece.

TONO.—¿Y sabe ya mi señor don Endo que en la casa hay otros marranos?

ROSENDO (*Sonriente.*)—Lo siento.

TONO (*Intranquilo.*)—¡Cá!...

AMARO.—Dice, con perdón de la cara de usted, que la marrana lucera tuvo siete esta noche.

ROSENDO.—Me alegro.

TONO (*Riendo.*)—¡Ya decía yo! ¡Dios mira mucho por estos Pazos de la Torroeira!

ROSENDO.—Que dure.

TONO.—¡Vaya si durará!

ROSENDO.—Deja la capa allá dentro, que ya cumpliste.

TONO.—Porque lo manda. (*Mutis Tono por derecha.*)

ROSENDO.—Oye, Amaro. Dí que echen unos cepos en la chimenea, por si viene con frío el Jacobo.

AMARO.—Mire antes las cuentas.

ROSENDO.—En ti fio, que a hourado no te ganan.

AMARO.—Mejor es que se repasen, y la verdad con todos.

ROSENDO.—Bueno.

(*ROMUALDITO por la derecha.*)

ROMUALDITO (*Gozoso.*) — ¡Don Rosendo! ¡Encontré ya lo apropiado! Escuche usted... (*Leyendo.*) *Benedictus, Jacobus. Dixitque Pater tuus: jam letus moriar, quia videm faciem tuam et superstitem te relinquo.*

ROSENDO.—Perfectamente.

ROMUALDITO (*Encantado.*) — Suena, ¿eh?...

ROSENDO.—Suena: ¿pero a qué?...

ROMUALDITO.—Es la salutación de Jacob a Joseph. Un caso semejante al de hoy, y yo digo: "Bendito seas, Jacobo". En lugar de Joseph, Jacobus. Y luego, hablando por usted, añado: "Y el Padre le dijo: *jam letus moriar*, ya moriré tranquilo, *quia videm faciem tuam* porque te vuelvo a ver, *et superstitem te relinquo*, y te dejo con vida". ¿Eh?...

AMARO.—Está bastante bien metido eso en el día presente.

ROSENDO.—Cierto, y se lo estimo muy de veras. Ven, Amaro... o si no, don Romualdito, repásame esas cuentas, ¿quiere?...

ROMUALDITO.—Con mucho gusto. (*Vase con Amaro hacia izquierda.*)

(*Sale MARUJA, por derecha.*)

MARUJA.—Ay, señor, que no le corre la llave del armario para sacar los manteles.

ROSENDO.—¿Qué le pasa?

MARUJA.—No sé qué le pasa.

ROSENDO. — ¿Quiere mirarla, don Romualdito?

ROMUALDITO.—Con mucho gusto. (*Deja al Amaro y vase por derecha con Maruja.*)

ROSENDO.—Tarda ya...

AMARO.—Es toda montaña para arriba y la yegua anda perezosa con el aquel de lo que va a tener... pero es la caballería más segura, y por eso la mandé.

ROSENDO.—Hiciste bien.

(*Sale MANUELA, por derecha.*)

MANUELA.—Voy a dar el último sorbito de aceite a esta lámpara. (*Coge una silla y se sube.*)

ROSENDO.—¿Pusiste vigía?

AMARO.—Antoñuelo está: en cuanto los atisbe, avisa, y tenemos diez minutos lo menos.

ROSENDO.—Pero tarda, tarda... (*Mutis por foro Rosendo y Amaro. Tono entra y se rie. Manuela baja a escape de la silla.*)

MANUELA (*Algo amoscada.*) — Buenos días, tú.

TONO.—Buenas... pantorrillas, mujer.

MANUELA.—¡Mentira!

TONO.—De una te respondo, y la otra me la figuro. (*Vuelve a reir.*)

MANUELA.—¿Qué sucede ahora?

TONO.—¿A qué no sabes de qué me río?

MANUELA.—De una bobada.

TONO.—De dos. Una que podía yo hacer y otra que podías tú dejar que yo la hiciera.

MANUELA.—Cuidadita, ¡eh! que a mí no me gustan ciertas chanzas.

TONO.—¡Si no son de esas!

MANUELA.—¿No?... Sigue a ver.

TONO.—¡Qué preciosa eres, Manuela!...

MANUELA.—No abultes...

TONO.—¡Así Dios me salve!

MANUELA (*Abajando los ojos.*) — No quiero...

TONO.—Mira que si me dejaras robarte un beso...



MANUELA.—No.  
 TONO.—Había de quedar muy obligado.  
 MANUELA.—No quiero...  
 TONO.—Ya lo sé. (*Abrazándola.*) Pero como no es más que uno, de los pequeñitos, y por el bien de un alma que lo necesita muy de veras...  
 MANUELA (*Inmóvil.*)—No quiero...  
 TONO.—Anda, mujer, que casi es limosna. ¿Lo robo?  
 MANUELA.—No lo hagas, que me enfadaré mucho después.  
 TONO.—¡Después!  
 MANUELA.—¡Sí!  
 TONO.—¡Entonces!... (*La abraza mejor y ella da media vuelta, suponiéndose que la besa al estar de espaldas al público.*)  
 MANUELA (*Incomodada.*) — ¡Me engañaste! Fueron dos.  
 TONO.—Es que el primero no salió bien.  
 MANUELA.—Porque yo no quería.  
 TONO.—Ya lo sé.  
 MANUELA.—Y no vuelvas a intentarlo porque otra vez no lo consigues. ¡Ay, lo que es otra vez, no!  
 TONO.—Oye muy seria. ¿Voy a tunar el sábado a tu puerta?  
 MANUELA.—¿De novios?...  
 TONO.—De novios.  
 MANUELA.—Yo no sé si te gusto...  
 TONO.—¿Y eso no está a la vista, mujer?  
 MANUELA.—Bueno; ve a las diez. ¡Y muy formal!  
 TONO (*Abrazándola.*) — Muy formal. Qué rico me lo supo, riquiña...  
 MANUELA (*Inmóvil.*) — No quiero, no quiero...  
 (*El Abad y Don Romualdito, por derecha.*)  
 ROMUALDITO.—¡No pase, no pase!  
 MANUELA (*Escapándose por izquierda.*) — ¡Ay!... (*Tono sale por foro, más despacio.*)  
 ABAD.—¿Qué ocurre?  
 ROMUALDITO.—He visto abrazarla...  
 ABAD.—Pues déjeme que lo vea yo también.  
 ROMUALDITO.—¡Qué horrible pecado!  
 ABAD.—Eso no es horrible.  
 ROMUALDITO.—¿No?  
 ABAD.—¡Ni pecado!  
 ROMUALDITO.—¿Cómo que no?  
 ABAD.—¡Como que no, porra!  
 ROMUALDITO.—Señor Abad, es imposible que el pensamiento de usted sea ese...  
 ABAD.—¿Por qué?  
 ROMUALDITO.—Sería un desatino...  
 ABAD.—¿Y por qué no es posible que diga yo un desatino?  
 ROMUALDITO.—Porque... dado el buen juicio de usted... uh... uh... *quid clarissimus intellectus*...  
 ABAD.—¡En castellano, Cura, en castellano!  
 (*Amaro, por foro.*)  
 ROMUALDITO.—¿Y don Rosendo?  
 AMARO.—En el mirador de la huerta, acechando si llega el hijo...  
 ABAD.—Está impaciente. Es natural... (*Mutis por foro Abad y Romualdito.*)  
 (*Peregrina, por derecha.*)  
 PEREGRINA. — ¡Qué majo te pintas hoy, Amaro.  
 AMARO.—¡De ti no hay qué decir! Y no es menester que te emparejiles con lo bueno, que te caen bien todas las ropas, y hasta sin ellas puede que...  
 PEREGRINA.—¿Qué?... (*Seria.*)  
 AMARO.—¡Se te ha colorado la cara!  
 PEREGRINA.—¡Claro!  
 AMARO.—Rojo, Peregrina, rojo, que es color de flores del campo y de moras con juventud.  
 PEREGRINA.—¡No disparates!  
 AMARO.—Si no te hubieras tornado en tan señorona, algún pobre te diría cosas como los ricos, y más ricas que las tuyas. Pero tienes maestro para ti sola y aprendes muchos humos.  
 PEREGRINA.—¿Y total qué sé?... Cuentas y una miaja de Geografía y de Historia.  
 AMARO.—¡Mira qué saberes para una mujer! ¿No te bastaba la costura y el planchado y el arreglo de una casa... y el oír que eres guapa?...  
 PEREGRINA.—Eso no es ciencia.  
 AMARO.—Pregúntaselo a las feas; pero como tú no lo eres...  
 PEREGRINA.—Porque tú no te fijas.  
 AMARO.—¡Fijo, fijo! Lo que te dejas ver, me lo sé de memoria, y lo demás anda por la imaginación muy abultado. Mucho te quiero...  
 PEREGRINA.—Y yo no.  
 AMARO.—Eso repites, pero a veces...  
 PEREGRINA.—¡Manos quietas!  
 AMARO.—Es vicio del país.  
 PEREGRINA.—¡Más que sea! Y si te da comezón, átalas.  
 AMARO. — ¡No aguantas una broma, mujer!



PEREGRINA.—¿Y a qué llamas tú serio entonces, si el tocar no lo es?

AMARO.—Bien te pedí amores por la iglesia... ¿y no quieres?

PEREGRINA.—No.

AMARO.—¿No?... (*Tira rabioso el sombrero al suelo.*)

PEREGRINA.—¿Es el nuevo?

AMARO.—Es.

PEREGRINA.—Lo vas a estropear, y lo del amor no adelanta nada con eso.

AMARO (*Recogiendo el sombrero.*) — ¡Qué soberbia eres! Tu cuerpo y tu cara, tu andar y tu estarte quieta, toda tu persona llama a todas las voluntades de un hombre, pero tú no vas nunca a ellas, que eres tú, Peregrina, como campana de iglesia que llama a todos a la misa, y ella a misa no va nunca.

PEREGRINA.—En el querer no hay mandar, Amaro.

AMARO.—¿Das siempre con un martillo, mujer!

PEREGRINA (*Acercándosele.*) — ¿Y por qué no hemos de quedar buenos amigos?

AMARO (*Brusco.*)—No. Con amistad me prendes y con amor me despidas, como si te fuera en gusto llevarme y traerme a tu capricho.

PEREGRINA (*Afectuosa.*)—¿Amiguiños, Amaro?...

AMARO.—No. Campana que llamas a misa y que a misa no vas tú nunca, voltea tú sola; no me voltées a mí.

PEREGRINA.—¿No quieres?...

AMARO.—No. Y disimula la molestia, Peregrina. (*Mutis por izquierda.*)

PEREGRINA.—Para ser día tan señalado en esta casa, un poco sueltos andan los demonios: ¡mucha agua bendita les hace falta!...

(*Sale José, por derecha.*)

JOSÉ.—Doña Peregrina...

PEREGRINA.—Hola, José.

JOSÉ.—Ahí dejo un ferrado de nueces para el amo, y para todos, que también los pobres festejamos las fechas.

PEREGRINA.—Gracias.

JOSÉ.—Don Endo ya me las dió de palabra.

PEREGRINA.—¿Qué noticias tienes de la Ramona?

JOSÉ.—Ahora muy bien: está de ama de cría en una casa muy principal de Madrid, ganando mucho.

PEREGRINA.—¿Y la otra chica?

JOSÉ.—¿La Josefa?... Buena, gracias.

También está aprendiendo para eso. ¿Y usted, doña Peregrina?

PEREGRINA.—¿Yo no!

JOSÉ.—¿Que si está usted buena?

PEREGRINA.—Yo sí.

JOSÉ.—Es lo primero. (*Mutis José por foro, después de que entró Fungueiro y le hizo un par de reverencias.*)

(*Sale FUNGUEIRO, por foro.*)

FUNGUEIRO.—Buenos días.

PEREGRINA.—¿Es usted?...

FUNGUEIRO.—Yo soy: tu humildísimo amigo, servidor y maestro, Bernardino Fungueiro, que tus pies besa.

PEREGRINA.—No chochees, Fungueiríño.

FUNGUEIRO.—Son cortesías que le caen bien a los señores galanes, como mi señor don Endo, y a las mozas que llevan rumbo de señoras, como mi señora doña Peregrina.

PEREGRINA.—Yo no pasaré de moza...

FUNGUEIRO.—No fué tal la misión que le encomendaron a mi desmayada sabiduría, sino por el contrario, la de pulirte y adecentar tus modales, haciéndote comprender las grandezas que en este mísero barro, que llamamos cuerpo, esparce la divina esencia, que llamamos alma.

PEREGRINA (*Sonriendo.*) — ¿No le será mucha esencia para mí, Fungueiro?

FUNGUEIRO.—No, mujer, no, que en principio y en sustancia todos somos iguales.

PEREGRINA.—¿Iguales el que aprende y el que enseña, el que paga y el que cobra?... ¿Para qué me dice mentiras?...

FUNGUEIRO.—Y ¿qué te voy a decir si no? ¿Crearás tú que uno tiene verdades que contar a cualquier hora?...

PEREGRINA.—Mal enseñador hace...

FUNGUEIRO.—Ya digo yo que no sirvo, ya; pero como me pagan por esto y por otra cosa no, pues no hay más andadura que la de ir adelante con la enseñanza. Me consuelo con la seguridad de que al fin iremos a un mundo mejor.

PEREGRINA.—¿Quién lo duda?

FUNGUEIRO.—Pero sin prisas. Yo no soy impaciente. Bueno, a la lección.

PEREGRINA.—Hoy, no.

FUNGUEIRO.—¿Y siempre estamos en que no? Por una causa o por otra no estudias nunca y yo no cumplo lo que ordenó tu padrino al decirme: "Peregrina es lista de natural, pero no tiene instrucción ninguna. A ver, Fungueiro, si la desasna un poco".



PEREGRINA.—Fué muy amable el padrino.

FUNGUEIRO.—En resumidas cuentas: a mí lo mismo me da, y a ti, por lo visto, no te preocupan los ríos de Europa y las islas de Oceanía.

PEREGRINA.—Para no salir jamás de la aldea...

FUNGUEIRO.—¡Y eso que vr. gr., el Sahara o Gran Desierto es de una magnificencia tal, de una hermosura tan intensa!...

PEREGRINA (*Interrumpiéndole.*) —¿Usted lo vió?...

FUNGUEIRO.—¿Verlo?, no: lo dicen los Compendios.

PEREGRINA.—Con poco se alegra. Y por el entusiasmo de usted, ¡reconcho! parecía que...

FUNGUEIRO (*Escandalizado.*) —¡Eh, eh, eh! Reconcho no está bien, Peregriniña. Es una interjección, que recuerda otras peores, y ni ésta ni las otras debes emplearlas.

PEREGRINA.—Esta se me escapó...

FUNGUEIRO.—Pues ya, que siga su camino. Y respecto del énfasis con que explico las alusiones geográficas, no te fíes mucho. Tras de veintisiete años, dándole que le das a las mismas asignaturas, yo digo por hábito y maquinalmente lo que al principio fué un recurso oratorio para conmover a mis discípulos: "La zona tórrida, señores", y entreabro la americana para darles idea del calor. "El helado Polo, señores"... y tirito de frío para inculcarles la idea de la baja temperatura... pero comprenderás que a esta distancia no me producen frío ni calor.

PEREGRINA.—Comprendido... y váyase. Hoy llega el hijo de don Edo.

FUNGUEIRO.—Que llegue. Tiene treinta y tantos años... Ese no viene para la escuela.

PEREGRINA.—No.

FUNGUEIRO (*Encogiéndose de hombros.*) —Pues...

PEREGRINA.—Y el amo nos regala a todos una soldada más.

FUNGUEIRO.—¿A todos?... ¡Por fin diste con una verdadera alegría, mujer!

MANUELA (*Por izquierda.*) —Oye, tío, haz un poco de atención por aquí, no vaya a entrar la Pastoriza: quiere ver al amo para preguntarle por el su hijo, de ella.

FUNGUEIRO.—¿Otro que vuelve de América?

MANUELA.—¡No diga blasfemias!

FUNGUEIRO.—¿Yo?...

PEREGRINA.—¿No sabe la historia de la Pastoriza?

FUNGUEIRO.—La Historia Universal nada más; por eso no sé la de nadie.

PEREGRINA.—Hablan de que se le marchó el hijo a las Indias, por amores que le contrariaba la madre.

FUNGUEIRO.—Uno de tantos emigrantes. Caso vulgar.

PEREGRINA.—Pasaron seis años sin noticias, y un día recibió carta del hijo anunciando que embarcaba en el *Oropesa*, de vuelta a España. En alta mar le dieron unas fiebres, murió, y con un saco, y más una piedra, le echaron al agua.

FUNGUEIRO.—Es lo que debe hacerse: artículo 87 de la ley del 70.

PEREGRINA.—Y cuando en el muelle aguardaba la madre al hijo, y en vez del hijo le dieron un papelito...

FUNGUEIRO.—El certificado. Artículo 55 y siguientes.

PEREGRINA.—Con la pena y el espanto se volvió loca. (*Pausa.*) ¿No hay artículo para eso, señor Fungueiro?

FUNGUEIRO (*Con el gesto más que con la voz.*) —No, no...

PEREGRINA.—Pero como lo malo aún puede ser bueno si Dios lo dispone, al perder el juicio se le borró la memoria desde el momento en que recibiera la carta. Sabe que el su hijo, el Gaspar, ha embarcado; sabe que llega; y ya no sabe más... Y anda por ahí la infeliz, alegre y contenta, aguardando siempre a quien no ha de llegar nunca, y para enterarse bien a todo el mundo va preguntando: "¿cuándo viene el *Oropesa*, sabe?"... "Porque llega mi hijo, ¿sabe?"...

FUNGUEIRO (*Desconcertado.*) —Caramba, caramba...

PEREGRINA.—Y no es más que eso la historia de la Pastoriza. Con su permiso, Fungueiriño. (*Mutis por derecha.*)

FUNGUEIRO.—Caramba, caramba...

MANUELA.—Y aquí le echaron pronto por firme la desgracia, que el víspera de irse a la Coruña ladró un perro toda la noche junto a su puerta, y eso le es muerte de ausente.

FUNGUEIRO.—¡Bah, bah!...

MANUELA.—¿No lo cree?...

FUNGUEIRO.—Parlerías de comadres.

MANUELA.—¡Ay, qué hereje! ¿Y no vió nunca la campaña?



FUNGUEIRO.—¿Con los muertos, en procesión de muertos?... Nunca, ni tú tampoco.

MANUELA.—¡Yo sí!

FUNGUEIRO.—Algún miedo que habrás pasado.

MANUELA.—¿Y no es de mal signo deramar la sal y meter la llave del revés en la cerradura y hablar de aparecidos en la alcoba del enfermo?...

FUNGUEIRO.—Parlerías, parlerías...

MANUELA.—No sea descreído, ni se burle de cosas tan probadas, que el día menos pensado se lo llevan las ánimas, y estará muy bien, por impío.

FUNGUEIRO.—Si me llevan ya te contaré lo que pasa por los aires.

MANUELA.—¡Quite, quite, que hoy está dejado de la mano del Altísimo!

FUNGUEIRO.—Y si vuelvo te traigo un rabo de escoba con dedicatoria de bruja.

MANUELA.—¡Calle, por Dios, que es de mal agüero y va a traer desgracia!

(ROSENDO, por foro.)

ROSENDO.—¿Por qué pelean?

FUNGUEIRO.—Porque la Manuela habla de los trasgos y de los fantasmas como si fueran de la familia.

ROSENDO.—¿Y una persona de la cultura de usted lo niega?

FUNGUEIRO (*Espantado.*)—¿Negarlo?... (*Obsequioso.*) No, señor; no, señor...

ROSENDO.—Cierto que exageran, pero la figura corpórea del enemigo malo está reconocida por la misma Iglesia.

MANUELA.—¿Lo ve?

ROSENDO.—Y que puede venir a tentarnos en forma humana, es indiscutible.

MANUELA.—¿Ve cómo pueden tentarnos?

FUNGUEIRO.—¿Quién lo duda?

MANUELA (*A media voz.*)—¡Hereje!

FUNGUEIRO (*Desesperado.*)—¡Manuela!

MANUELA.—¡Herejísimo! (*Y mutis por izquierda.*)

FUNGUEIRO.—Estoy de acuerdo con usted. A estos, como son tan ignorantes, se lo niego todo...

ROSENDO.—Mal hecho...

FUNGUEIRO.—Eso opino también. ¡Ah! don Rosendo, muchas gracias.

ROSENDO.—¿Por?...

FUNGUEIRO.—Esa soldada de más que nos concede.

ROSENDO.—Es para los criados.

FUNGUEIRO.—Tal me considero de usted.

ROSENDO.—No me atrevía.

FUNGUEIRO.—Pues atrevase.

ROSENDO.—Bueno.

FUNGUEIRO.—Una duda. ¿Este sueñecito de plus es del mes o del año? Porque varía bastante...

ROSENDO.—Soy muy dichoso y quiero que lo sean todos. Del año.

FUNGUEIRO.—Gracias. Es un dolor que no le vengan hijos más a menudo...

ROSENDO.—Quizás cambiara un poco...

PASTORIZA (*Siempre risueña y dulce viene desde lejos canturreando los dos últimos versos de la poesía de Curros Enríquez. Los dirá parada, en la ventana, sonriendo.*)

*Lonxe d'ela, de pé sobra popa  
d'un aieve negreiro vapor  
emigrado, camiño d'América,  
vay o probe infelís amador.*

(*Hablado.*) — ¿Hay permiso? (*Entra.*) Buenos días nos dé Dios.

ROSENDO.—Buenos, Pastoriza.

PASTORIZA.—Vengo del Excelentísimo Ayuntamiento, pero no me dejaron entrar junto al Alcalde.

ROSENDO.—¿Deseabas algo?

PASTORIZA.—Una pregunta. Quizás usted...

ROSENDO.—Quizás...

PASTORIZA.—¿Puede decirme cuándo le llega de fijo el *Oropesa* a la Coruña?

ROSENDO.—Aún tardará...

PASTORIZA.—Poco andan los barcos por el mar... ¿o será que hay muchas leguas?..

ROSENDO.—Eso.

PASTORIZA.—¿Es que viene el mi hijo, sabe? ¿Mi Gaspar, mi Gaspariño, sabe?

ROSENDO.—Sí, sí...

PASTORIZA.—Tuve carta suya, que embarcaba el doce, y como hoy somos veinticuatro; no, veinticinco; no, veinticuatro... (*Riendo suavemente.*) ¡Nunca le sé bien esto de los días!...

ROSENDO.—A veinticuatro estamos.

PASTORIZA.—Y decía yo que puede ser venga cerca ya...

ROSENDO.—No. Hasta el seis o el siete próximo...

FUNGUEIRO.—El siete...

PASTORIZA.—¿Tanto aún?... Estoy esperando un día bueno y los demás parecen cativos y que no valen. ¡Pero ese sí! Llegará la noche de ese día y aún he de ver al sol rebrillando entre la luna y las estrellas!... (*Se entusiasma; ahora hu-*



milde.) Han de dispensar que viva tan gozosa, pero le hace ya que no ando junto de él ocho años; no, nueve; no, ocho... (*Volviendo a reir quedamente.*) Tampoco lo sé nunca bien esto de los años... ¡qué burriña soy!...

ROSENDO.—Dá igual...

PASTORIZA.—No le llevo fijas más que dos fechas: tenía ya treinta y nueve cumplidos por el Apóstol, cuando marchó el hijo, y después cuento desde que marchó, pero ya no los sé cabales; años y años y años... ¡qué burriña soy, verdad?...

ROSENDO.—Siempre es mejor no enterarse de los que van...

FUNGUEIRO.—Y ya pasados, lo mismo es uno que mil. El pasado es como una fuente... no, como un pozo... no... ¡lo he leído hace pocos días pero se conoce que lo olvidé hace más pocos!

PASTORIZA.—Para mí son muchos... ¡Por qué se irán los hijos, don Endo, por qué se irán?...

ROSENDO (*Queriendo bromear.*)—Es el único modo de que vuelvan.

PASTORIZA.—¡Y qué dulzura la de aguardarles, Virgen de la Pastoriza! La miel es agria comparándola.

ROSENDO.—Y máxime no habiendo motivo de rencor. Mi Jacobo se fué por impaciencias juveniles, no por disgustos ni por contrariedades siquiera.

PASTORIZA.—Y mi Gaspar lo mismo. (*Exaltándose.*) Dijeron las malas lenguas —que la tiña los cubra y la sarna los recubra cuando sanen—dijeron esos malvados...—¡Permita la Santa Pastora que cieguen si dicen que lo han visto, o que no oigan ni los truenos si dicen que lo oyeron!... —dijeron esos pillos... —¡Mala miseria los coma!

ROSENDO.—Cálmate, cálmate: no hay que darle importancia a murmuraciones.

PASTORIZA (*Calmada.*)—¿Verdad?...

ROSENDO.—Indudablemente.

FUNGUEIRO.—¿Qué dijeron?

PASTORIZA.—¿Quiénes?

FUNGUEIRO.—Tú sabrás, que lo referías.

PASTORIZA.—¿Yo?... ¿Qué decía yo, don Endo?... Han de perdonar, mis señores, que a las veces andan los pensamientos por mí, como los pájaros por los árboles, que no saben de qué rama vienen ni a qué rama van los pobres.

ROSENDO.—Todos nos trascordamos.

PASTORIZA.—¡Ay! ya sé en qué rama estoy.—Dijeron esos condenados...—en

los infiernos se vean por infernales!... que Gaspariño marchara porque yo le contrariaba unos amores... ¡Y es mentira, como hay Dios que lo es! ¡Por mi salvación, señor!

ROSENDO.—Nadie ha dicho eso.

PASTORIZA.—¿No?

ROSENDO.—No.

PASTORIZA.—¿Me perjura que no?

ROSENDO.—No.

FUNGUEIRO (*Cuando ella le mira.*)—No.

PASTORIZA.—¿Entonces soy yo quien lo dice nada más? ¿Y ustedes podrán asegurar que de mí lo oyeron?

ROSENDO.—¡Qué vamos nosotros a repetir esas palabras! Como si no las hubieras pronunciado.

PASTORIZA.—¿No las dirán?

ROSENDO.—No.

PASTORIZA (*Con angustia.*)—¿No, don Endo?

ROSENDO.—No, mujer, no.

FUNGUEIRO (*Cuando ella le mira.*)—No.

PASTORIZA (*Besando el faldón de la chaqueta de Rosendo.*)—¡Ay, qué buenos son!

ROSENDO.—Vete en paz.

PASTORIZA.—¡Ay, qué buenos son, Santísima Trinidad!... (*Gozosa.*) ¡Y yo qué burriña por temerlo de tan buenas almas! (*Marchando de espaldas y poniendo el dedo en los labios para pedir silencio.*) No lo digan nunca, que es un contra Dios muy grande; no lo digan, no lo digan...

ROSENDO.—No, Esperadora de esperanzas, Madre de ausentes, que la paz sea contigo y con tu espíritu...

PASTORIZA (*Le mira, sonríe y canturrea, marchándose tranquila por el foro derecha, sin mirar cuando pasa por la ventana.*)

*Lonxe d'ela, de pé sobr'a popa  
d'un alevé negreiro vapor,  
emigrado, camiño d'América,  
vay o probe infelis amador...*

ROSENDO.—Siempre así...

FUNGUEIRO.—El pasado es un pozo, no, una fuente... no...

ROSENDO.—¿Piensa usted en eso? (*Despreciativo.*) Le envidio a usted, Fun-  
gueiro.

TONO (*Entrando escapado por el foro.*)

—¡Señor mi amo, ahí viene la yegua!

ROSENDO (*Intranquilo.*)—¿Y Jacobo?

TONO.—Encima.

FUNGUEIRO.—Claro.



TONO.—Claro no, que se pudo caer.

ROSENDO.—¿Pero no se ha caído?

TONO.—No, señor. Vienen los dos y el espolique.

FUNGUEIRO.—Que son tres.

TONO.—Y el perro.

FUNGUEIRO.—Que son cuatro.

ROSENDO.—¡Avisa a la gente!

TONO (*Gritando, mutis por derecha.*)—¡Peregrina! ¡Manuela! ¡Amaro!

FUNGUEIRO.—¿No adelanta usted a recibirle?

ROSENDO.—No. Aquí será más honda la impresión de bienvenida. Quiero que todo, desde las personas hasta los muebles y los muros de la casa, le hablen a una sola voz y a un mismo tiempo del encanto de ser recibido como a dueño y señor de los Pazos de la Tarroeira. ¿No le parece a usted?...

FUNGUEIRO (*Encogiéndose de hombros.*) A mí... (*Arrepintiéndose.*) Me parece admirablemente la idea.

(*Salen unos tras otros y a su tiempo. PEREGRINA, TONO y AMARO, por derecha. ABAD y ROMUALDITO, por derecha. MANUELA con un cofrecito. MARUJA con un llavero y tres o cuatro muchachas con las cestas. Quedan colocados todos a izquierda, menos ROSENDO, en el centro, y los curas a derecha. JOSÉ a izquierda. Fuera pueden oírse algunos cohetes.*)

PEREGRINA.—Ahí tiene al su Jacobo, don Endo.

ROSENDO.—Mío es, porque yo le dí la vida: en lo demás no es mío ya...

PEREGRINA.—Abrácele bien fuerte.

ROSENDO.—Descuida.

MANUELA.—Muchas gracias por la solada, señor amo.

MARUJA.—Muchas gracias.

TONO.—Y que siempre haya para más.

FUNGUEIRO.—¿Recuerda usted que yo también se las dí?... Por la de todo el año, ¿recuerda usted?...

ROSENDO.—Sí. Fungueiro, sí.

FUNGUEIRO.—Eso me tranquiliza.

ABAD.—¿En dónde está ese mozo?

ROSENDO.—Aguarde, señor Abad. Aquí hemos de esperarle.

ABAD.—¿Y yo voy a estar quieto?

ROSENDO.—Si es posible, sí, señor.

(*La voz de JACOBO, fuera. Luego JACOBO y el espolique por foro.*)

LA VOZ (*Lejana.*)—¡Padre!

FUNGUEIRO.—¡Ahí está!

ROSENDO.—Ya le oigo... (*Pausa.*)

JACOBO (*Más cerca.*)—¡Padre!

FUNGUEIRO.—¿Oye usted?...

ROSENDO.—Oigo, oigo...

ABAD.—¡Vaya usted, porra!

ROMUALDITO.—¡Señor Abad!

FUNGUEIRO.—¡Qué claras las suelta!

(*Pausa.*)

JACOBO (*De americana y con una sola espuela, entrando.*)—¡Padre!...

ROSENDO (*Abrazándole.*)—¡Jacobo!

FUNGUEIRO (*Quitándosele.*)—¡Jacobete!

JACOBO (*Después de mirarle un momento.*)—¡Figueirinho!

(*PASTORIZA por foro.*)

PASTORIZA.—Jacobo... ¿Has visto a mi Gaspar por allá.

JACOBO (*Indiferente.*)—No.

PASTORIZA.—¿No?... (*Lenta y silenciosa va a sentarse en el banco que habrá al pie de la ventana, quedando abstraída y sin mirar a nadie, haciendo rayitas en el suelo con la vara verde que solo tiene hojas en un extremo.*)

ROSENDO.—En tu ausencia, día y noche ha brillado esa luz pidiéndole a la reina de los cielos protección para ti. Apágala tú. (*JACOBO va a la imagen, se persigna, reza un momento y apaga la luz, besando la repisa, mientras sigue hablando Rosendo.*) Y esta misma tarde iremos al santuario de Tárrade para que enciendas por tu propia mano la luz que no ha de apagarse jamás mientras exista por el mundo un señor de la Tarroeira que cumpla nuestra voluntad en lo futuro como nosotros cumplimos la de nuestros antepasados.

ABAD.—Amén.

TODOS.—Amén.

JACOBO.—Iremos.

ROMUALDITO.—*Jacobus...*

JACOBO (*Sorprendido.*)—Señor cura...

FUNGUEIRO (*Al oído.*)—No tengas miedo, es que te bendice.

ROMUALDITO.—*Benedictus, Jacobus. Dixitque Pater tuus; jam letus moriar, quia videm faciem tuam et superstitem te relinquo.*

FUNGUEIRO.—Ya terminó.

JACOBO.—Muchas gracias... y lo mismo digo: tanto gusto en saludarle...

ROMUALDO.—Su humilde capellán, en los Pazos.

ABAD.—Yo soy el abad de Tárrade. (*Dándole una palmada.*) Ya te diré en dónde hay buenas perdices. ¿Eres aficionado?...



ROSENDO. — Escúchame, Jacobo. No vuelves a mi cariño, porque de él no te aparté jamás: vuelves únicamente a la casa y ella va a recibirme como a dueño suyo. Habla, Amaro.

AMARO. — (*Consultando su librito.*) Seiscientos ferrados de trigo se lograron este Septiembre.

ROSENDO. — Trescientos son tuyos.

AMARO. — Mil sesenta de maíz...

ROSENDO. — Quinientos y más son tuyos.

JACOBO. — Padre...

AMARO. — Las rentas y pensiones, con los foros suben a...

JACOBO. — Te suplico que no insistan en eso ahora.

ROSENDO. — Calla, Amaro. Tú dispondrás cuando quieras saberlo. Habla, Tono.

TONO. — Santiago le vea venir, señorito Jacobo, y le tenga de su mano.

JACOBO. — Y a ti.

TONO. — A nos también.

ROSENDO. — Habla.

TONO. — Diez y siete vacas lecheras y once terneros recontamos hoy. Ciento catorce ovejas y merinas...

FUNGUEIRO. — ¡Caray!...

TONO. — Ocho yuntas de buyes para la nuestra labor...

JACOBO (*Riendo.*) — Pero padre...

ROSENDO. — No soy yo, es la casa quien te habla. (*A Tono.*) Sigue.

TONO. — De cerda, sin ofender, hay...

JACOBO. — ¡Calla de una vez!

ROSENDO. — Calla, Tono. Habla tú, Peregrina.

JACOBO. — ¡Es la ahijada?... Estás hecha una buena moza, y guapa... ¡cuidado si estás guapa!...

ROSENDO. — Déjala que hable, que esto de la hermosura ya con la presencia te lo dice.

ROMUALDITO (*Aparte al Abad.*) — ¿Ve usted el peligro?...

ABAD. — No.

JACOBO. — La espiga ha madurado espléndidamente...

ROSENDO. — Déjala. (*A Peregrina.*) Habla.

PEREGRINA. — En la bodega hay veinte cántaras del Rivero y dos del Tostado; la despensa, ahita de conservas; los tres hórreos, cuajados de maíz de otro hogaño; los dos palomares repletos de palomas...

JACOBO. — Calla, Flor de los Pazos...

ROSENDO. — Calla. De todo, la mitad es tuyo. De esto, que va a hablarte sin hablar una palabra siquiera, todo es tuyo y nada es mío. Adelantad vosotras.

MANUELA. — Las alhajas...

MARUJA. — En el armario grande están los vestidos y la ropa blanca. Las llaves...

JACOBO. — ¡Ya tenéis la boda preparada? Y la novia ¿cuál es? ¿Tú?...

ROSENDO. — Todo es tuyo, Jacobo, que todo fué de tu madre.

JACOBO (*Desconsolado, echándose en brazos de Rosendo.*) — ¡Ay, mi madre!

FUNGUEIRO. — No llores, rapaz...

ROSENDO (*Apartando a Funqueiro.*) — Déjele, que razón tiene para llorar.

(*Sale el ROMERO, por derecha.*)

ROMERO. — Señor de los Pazos de la Tarróeira, cumplida va mi hambre y mi sed. (*Se arroja.*) (*Empieza a caer el telón muy lentamente.*)

ABAD. — ¿Qué hace, hombre?

ROMERO. — Permítame, que es penitencia. Que el Señor de los Mares y de las Tierras y de los Cielos mire por ti y por tus hijos y por los hijos de tus hijos...

ROSENDO. — Amén.

ROMUALDITO (*Acercándose.*) — *Benedictus, Jacobus. Et in memoriam mater tuam...*

PASTORIZA (*Sin levantar la vista del suelo.*)

*Emigrado, camino d'América  
vay o probe infelis amador...*

TELON

## ACTO SEGUNDO

A izquierda, el umbral de los Pazos, con bancos de piedra, adosados. A derecha un crucero. A foro, muralla; forillo, árboles. Es en Octubre: de día y con sol.

JACOBO, *sentado*; MARUJA, JOSÉ *por derecha, con una cesta de flores y ramas; se sientan ambos en el crucero.*

JOSÉ. — Más flores...

MARUJA. — Llevamos un mes, desde que vino don Jacobo, en que la casa florece todos los días...

JACOBO. — Si lo hacéis por mí, yo os lo agradezco.

JOSÉ. — Por usted también, sí señor; pero nos lo mandó la Peregrina.

JACOBO. — Es un trabajo más que os dáis.

MARUJA. — Esto no es trabajar. ¿Y a usted no le cansa, don Jacobo?



JACOBO.—¿El qué?

MARUJA.—El no hacer nada.

JACOBO.—No.

MARUJA.—Pues Dios le deje seguir con esa labor.

ABAD. (*Abriendo él mismo el portillo.*)— Buenas tardes.

JOSÉ (*Apresurándose a cerrarlo.*) — Muy buenas.

ABAD.—¿Cómo andamos, Jacobo?

JACOBO.—Ya bien.

ABAD.—¿Fuerte del todo?

JACOBO.—Sí. ¿Y usted?...

ABAD.—Se pasa. Vengo del entierro de ese pobre Juanillo, el del lugar de la Feria, y no han dado mal de almorzar, no, señor.

JACOBO.—Bueno es siquiera...

ABAD.—Y tú, ¿te reconciliaste ya con los Pazos?...

JACOBO.—Sí... Confieso que me mortificaron un poco las mudanzas que encontré en ellos...

ABAD.—Ha ganado mucho esto. Tu padre hizo grandes reformas.

JACOBO.—Y es otra casa ya: ya no es la que yo recordaba...

ABAD.—¿Y la Capilla?... ¡¡Ahora realmente es una Iglesia!!

JACOBO.—Sí... pero no es la Capilla.

ABAD.—Es mucho mejor.

JACOBO.—Mejor, pero es otra. Y otras mejores, las he visto en muchos sitios. Venía con recuerdos de la niñez, ansioso de encontrarlos... ¿no están? Paciencia. Y por no estar, ni siquiera los tres o cuatro amigos de la infancia...

ABAD.—El tiempo es el tiempo. Cuenta con él, Jacobo, si no quieres llevar muchas decepciones. En tu cuarto tienes una fotografía de cuando eras chico: compárate... Y si tú has cambiado, no te sorprendas de que cambie todo lo demás.

JACOBO.—No me quejo del cambio de las cosas materiales, que vengo de viajar y muchas mudanzas de cosas habré visto... ¡pero sí me quejo de la tristeza de este caserón!

ABAD.—¡Tristes los Pazos!! ¿Pero cómo los miras?

JACOBO.—Me quejo de estas gentes adustas...

ABAD.—Si es que no te conocen...

JACOBO.—Y me quejo de estas nieblas que mañana y tarde caen sobre la casa y dan frío en el cuerpo... y en el alma. He vuelto con muchas ilusiones, pero al en-

contrar todo tan cambiado, tan mequino...

ABAD.—¡¡Jacobo!!

JACOBO.—Sólo pienso en mandar que vuelvan a encender la luz del ausente.

ABAD.—Calla, ¡eso no lo has dicho! (*Pausa.*) El señor Capellán está ahí.

MARUJA.—Atienda, señor Abade. No le fué nada bien al mi hombre con aquella medicina...

ABAD.—¿Qué le duele?

MARUJA.—No le duele cosa particular, pero el alma no le lleva el cuerpo a ningún lado. Para mí que es cansancio...

ABAD.—Será: que se esté quieto.

MARUJA.—Ya se lo predico, pero como tiene el genio así, no puede, y está siempre rebulle que te rebulle.

ABAD.—Pues dile que no rebulla.

MARUJA.—De su parte de usted.

ABAD.—Yo le disculparé del trabajo unos días, y por unas pesetas no os apuréis...

MARUJA (*Besándole la mano.*)—Si usted no va al cielo, vestido y calzado, no le va nadie.

ABAD.—Bueno, bueno, adiós.

MARUJA.—Usted lo pase bien.

ABAD.—¡Ah!, oye: y no rebullas tú...

MARUJA.—Quite, señor.

ABAD.—No haga el diablo que la enfermedad seas tú.

MARUJA.—Quite, señor, quite, que es cansancio natural.

ABAD.—Bueno, bueno... (*Maruja se aleja y vuelve a su faena.*)

JOSÉ (*Tirándole de la levita.*)—Señor Abade, señor Abade...

ABAD.—¿Qué te pasa a ti, José?...

JOSÉ.—A mí, nada: a la tierra. En sazón estamos y no planto. Anda la luna muy revuelta y no vaya a perderse la semilla.

ABAD.—No importa. Húndela en tierra un par de dedos más que de costumbre.

JOSÉ.—¿Bastará?

ABAD.—Sí. Y reza un Credo.

JOSÉ.—El caso es... que Credo no le recuerdo bien yo solo: ¿será lo mismo dos Ave-Marías?

ABAD.—Lo mismo.

JOSÉ.—Tan agradecido. Ya le mandaré primicia de lo que recoja.

ABAD.—Bueno, adiós.

JOSÉ.—Diga además, si no le enfada. ¿Sabe que no le quieren al mi hijo pequeño en la escuela?



ABAD.—¿Y eso?...

JOSÉ.—Dicen que va muy cochino...

ABAD.—¿Y por qué no lo lavas?

JOSÉ (*Sorprendido*).—Tiene razón. El domingo lo llevo al río.

ABAD.—¡Vaya!... (*Mutis Abad por izquierda*.)

JOSÉ.—¡Es mucho hombre de saber este señor Abade!

MARUJA.—Y un santo...

JOSÉ.—Eso no sé.

MARUJA.—Yo sí. Y si no es santo, peor para los santos.

PEREGRINA (*Por izquierda*).—Ya le puse las orejas encarnadas al Miguel y le dije que no le despedía por misericordia.

JACOBO.—¿Para qué le reprendiste?...

PEREGRINA.—¡Sólo faltaría que un criado no le obedeciera pronto!

JACOBO.—Es un criado de mi padre, no mfo.

PEREGRINA.—Igual, de los dos.

JACOBO.—No me conocen, y es natural, no me quieren.

PEREGRINA.—Eso del querer marcha un poco más despacio...

JACOBO.—A veces... Cuando estuve por aquellos países lejanos...

PEREGRINA.—Los Perú y los Méjicos...

JACOBO.—Encontré una mujer, moza y garrida, con rumbo en el aire de cuello abajo, y guspeza en la cara, de cuello arriba, que mismamente se parecía a ti.

PEREGRINA.—De lejos viene la semblanza...

JACOBO.—Y, sin embargo, no se parecía a ti.

PEREGRINA.—Es a modo de scertijo: era y no era.

MARUJA.—Le andan en adivinanzas, señor José.

JOSÉ.—Déjalos, que en peor le podían andar.

PEREGRINA.—¿Y en dónde marcaste la diferencia?

JACOBO.—Por los adentros. Tenía la voluntad pegajosa, como panal de miel, y los quereres tornadizos como la punta del pañuelo que llevaba en la cabeza, y que iba y venía de un lado para otro tan sólo con que el viento lo empujara.

PEREGRINA.—¿Y te gustó esa volandera?

JACOBO.—Sí.

PEREGRINA.—¿Y te prendaste de ella?

JACOBO.—No: de la que a ella se parece.

PEREGRINA (*Enfadada*).—¡Mira que no quiero esas burlas!

JACOBO.—Son veras.

PEREGRINA.—Tampoco las quiero!

JACOBO.—¿No?...

PEREGRINA.—No.

JACOBO.—¿Pero un no muy grande?...

PEREGRINA.—Ponlo mediano...

MARUJA.—Ya está, señor José.

JOSÉ.—¿Qué está?...

MARUJA.—Adivinada la adivinanza.

JOSÉ.—¡Lo que tardáis en enteraros!... ¡Muy animalitos sois!

MARUJA.—¡Cualquiera diría que usted viene de Salomón!

JOSÉ.—Quién sabe, hija, quién sabe...

PEREGRINA (*Apartándose de Jacobo, que apremia un poco*).—¡No vayan a pensar lo que no hay!

JACOBO.—Pero habrá.

PEREGRINA.—No. (*Lo dice seria, luego sonríe y marcha al crucero*). Más vale que nos cuente cosas de esos mundos... Aunque embustea un poco, son muy divertidas.

JACOBO.—Para demostrar lo obediente que soy: pues, señor...

MARUJA.—¡Ay! si es cuento que no sea de embrujorios, que hace noches me contó uno Perico, y no pude dormir con él.

JOSÉ (*Grave*).—Con el cuento, señor.

JACOBO.—Ya, ya. Vosotros que os consideráis pobres, teniendo cada uno vuestra casa independiente, ¿qué diríais si viérais a los ricos hacinados en aquellas moles de dieciocho y veinte pisos?

PEREGRINA.—Buena gana de reventarse subiendo y bajando.

JACOBO.—Tienen ascensores.

MARUJA.—¿Qué tienen?

JACOBO.—Unas cajas que llevan a las gentes. Viene el portero, toca un botón, y arriba.

MARUJA.—¿Y qué botón les toca?

JACOBO.—Uno eléctrico.

MARUJA.—Esas mentiras le son para vos, que por mí no cuelean...

PEREGRINA.—Sí, Maruja, sí. En Vigo hay uno.

JOSÉ.—Por Vigo le andan muchos ju-díos de esos protestantes.

JACOBO.—Sí, pero eso es otra cosa.

JOSÉ.—Será, sí, señor; pero le andan.

JACOBO.—A una de esas casas fui yo un día a visitar a un amigo; desde el balcón, para ver volar a los gorriones, hay que mirar hacia abajo.



MARUJA.—¡Muy trolero le es, don Jacobo!

JACOBO.—Palabra.

PEREGRINA.—Así se comprende que este vivir nuestro, tranquilo y natural, no le dé sabor...

JACOBO.—Mírame.

PEREGRINA (*Bajando los ojos.*)—¿Para qué?...

JACOBO.—Mírame.

MARUJA.—¡Mírale, mujer!

JACOBO (*Cuando ella le mira.*)—Ahora vivo más a gusto.

MARUJA.—Gracias.

JOSÉ.—No va contigo.

MARUJA.—¿Y qué más tiene? Lo que a una moza se le dice, todas las mozas lo agradecen.

JOSÉ.—Tú no lo eres ya, que tienes marido.

MARUJA.—¡Pobriño! Déjelo, que está enfermo.

JOSÉ.—Si le cuidaras...

MARUJA.—¡Ya le cuido y más una novena que voy a hacerle para que sane!

JOSÉ.—Eso le debes, que es hombre de bien.

FUNGUEIRO (*Por izquierda.*) — ¡Peregrina! ¿Y la clase?

PEREGRINA (*Riendo.*)—Hoy no.

FUNGUEIRO (*Indignado.*)—¿Hoy no y ayer y anteayer no?... ¿Cuándo dices que sí?...

MARUJA.—Lo dirá para otras cosas. No se desespere tan pronto.

FUNGUEIRO.—Contigo no hablo. ¿Vienes?

PEREGRINA.—¿Y para qué?...

FUNGUEIRO.—¿Cómo que para qué?...

PEREGRINA.—Sí, ¿qué me va a enseñar?

FUNGUEIRO.—Por enseñarte algo no quedaría...

PEREGRINA.—¿Y valdrá tanto como un día hermoso y un estar bien acompañada? ¿Y después de saberlo, qué me importa a mí, por ejemplo, que el Miño sea de España o de Portugal, o de los dos, o del demonio, o que no haya semejante río por el mundo?...

FUNGUEIRO.—Ni a mí; eso es cierto.

PEREGRINA.—Y que un rey mandó después que otro, o que no llegó a mandar ¿qué me importa, Funqueiro, qué me importa?

FUNGUEIRO.—En eso estamos todos, sólo que tú no quieres guardar el secreto.

PEREGRINA.—Y aun cuando llegase a

reunir la ciencia de usted, ¿qué habíamos adelantado?... ¿A usted para qué le sirvió?... ¿Para llegar a viejo y llegar pobre?... ¡Pues mire, Funqueirño, lo que es a eso se le llega también sin saber nada!

JACOBO.—Tiene razón.

MARUJA.—¿Y no la ha de tener?... Porque ustedes los sabios le andan muy a la cola en todo lo que no es sabiduría. (*Acercándosele.*) Poco se enteró cuando la Generosa se le fué con otro...

FUNGUEIRO.—Menos enterado estaba el otro: la prueba es que se escapó con ella.

MARUJA.—Por ahí discurre bien.

FUNGUEIRO.—Gracias.

PEREGRINA.—Y ya que estamos conformes, quitaremos la molestia y desde hoy se acabaron las lecciones.

FUNGUEIRO.—¡No!! Y mis seis duros ¡recontra! ¡se van a terminar también! ¡Recapacítalo, mujer!

PEREGRINA.—Le diré a don Endo que seguimos y le pediré ocho.

FUNGUEIRO.—Pídele diez. El no hacer nada lo vale lo mismo.

PEREGRINA.—Diez, ¿Quiere más?...

FUNGUEIRO.—No me lo dejes a mí, que abuso.

PEREGRINA (*Haciéndole una caricia.*)—¿Y hoy, perdona?

FUNGUEIRO.—Insiste un poco.

PEREGRINA.—¿Perdona?...

FUNGUEIRO.—¿Pero mañana?...

PEREGRINA (*Riendo.*)—Sí, señor.

(*Salen AMARO y TONO por derecha.*)

TONO.—Buenas tardes. ¿Aún no sale, don Jacobo? ¿Ya tendrá ganas?...

JACOBO.—¡Figúrate! Venir de tan lejos con el afán de ver mis tierras... ¡y estar un mes encerrado!

AMARO.—Las fiebres ya volaron.

JACOBO.—Sí, pero mi padre tuvo miedo a que la humedad de estos días pasados me hiciera recaer y no me dejó ir al campo.

PEREGRINA.—Bien hecho.

TONO.—Y tú, Peregrina, ¿curaste ya del susto?

JACOBO.—¿Qué ha sido?

PEREGRINA.—¡Nada!

TONO.—¡Una bobería! Perdió la color y se puso como una difunta (*Maruja se persigna*) porque esta mañana entró un murciélago en su habitación.

FUNGUEIRO.—Murciélago.

TONO.—Déjelo ir como iba, señor Fun-



gueiro, que el pájaro no ha de cambiar por eso.

JACOBO.—¿Les tienes miedo?

PEREGRINA.—De noche, no, que es su hora: de día sí, que es mal signo.

FUNGUEIRO.—Los envía la Madre Diabla, peluda y bisoja.

PEREGRINA.—¡Y eso es, aunque se burle!

TONO.—Y que ésta, ahora, anda muy necesitada de signos buenos. Niégalo... ¿No fuiste anoche junto a la Pascuala, la echadora de cartas?

PEREGRINA.—Para saber mi destino, que eso acompaña siempre.

FUNGUEIRO.—¡No seáis idiotas! ¡Que no son más que engaños para sacaros los cuartos!

PEREGRINA.—¡Ay, no diga!!

AMARO (*Acercándosele mucho.*) — ¿Es falso que la lechuza llora como los niños?...

TONO (*Acercándosele mucho.*)—¿Y las campanas, no suenan ellas solas la noche de todos los Santos?

MARUJA (*Furiosa.*)—¿Y el lagarto de dos colas, aplastado contra una piedra blanca, no escribe los números de la lotería? ¡Diga que no!

TONO.—¡¡Dígalos!!

FUNGUEIRO.—Digo que sí...

JACOBO.—Dejadlo, que es un hereje.

FUNGUEIRO.—¿También usted, don Jacobo?...

PEREGRINA.—Un día se va a encontrar en un mal paso, por descreído. No lo permita Dios, que le estimamos, Funqueirío.

MARUJA (*Escuchando.*)—Te llama don Endo.

PEREGRINA.—Voy. (*Y mutis por la izquierda.*)

AMARO (*A Tono.*)—¡Anda como una reina!

TONO.—Yo no sé cómo andan las reinas, que no le topé ninguna, pero esta pisa firme.

JACOBO (*A Funqueiro.*) — Es guapa, ¿eh?

FUNGUEIRO.—Yo no tengo opinión...

JACOBO.—¡Reconocerá usted que es una mujer!...

FUNGUEIRO.—Eso, sí, señor.

JOSÉ.—Oiga, señor de Funqueiro, ¿cómo hay que poner los sobres para la América?

FUNGUEIRO.—Cerrados.

JOSÉ.—Dios le pague la respuesta. Pero, ¿qué se escribe?

FUNGUEIRO.—Según la nación. ¿Para dónde es?... (*Se aparta hablando.*)

JACOBO.—Maruja, ¿tú conoces a la Pascuala?

MARUJA.—¿La echadora de cartas? ¿Y quién no?...

JACOBO.—¿Quieres llevarle cinco duros de mi parte? Y si nadie se entera te doy a ti otros cinco.

MARUJA.—Buen negocio. ¿Y usted qué busca en ello? ¿Cambiar el destino de alguna persona?

JACOBO (*Sonriendo.*)—Quizás...

MARUJA.—¿De la Peregrina?...

JACOBO.—Quizás...

MARUJA.—Pero... ¿y las cartas van a favorecerle por una limosna?

JACOBO.—Quizás...

MARUJA.—¡Entonces le sería mentira lo que dice la echadora!

JACOBO.—Quizás...

MARUJA (*Persignándose.*)—¡Jesús me valga! (*Mutis derecha.*)

FUNGUEIRO.—Hoy no daremos lección. A Peregrina le duele la cabeza: creo que es la cabeza; pero puede que sea un pie, y si no, alguna cosa entre esas dos.

ROSENDO (*Sale por izquierda.*)—No la obligue a estudiar demasiado...

FUNGUEIRO.—¿Demasiado?...

ROSENDO.—¿Y adelanta?...

FUNGUEIRO.—En otros asuntos, tal vez: en sabiduría está como la de Balaán (*burra de...*)

JACOBO.—Bastante sabe...

FUNGUEIRO.—Bien, bien; hoy he despertado para no tener razón.

ROSENDO.—¿Hiciste lo que te mandé, Amaro?

AMARO.—Sí, señor. Ya están los zagalles juntando el ganado en el soto, y después arrearán con él para arriba, a traerlo delante de la casa. Y al tu hijo, don Endo, se le irán los ojos mirándolo, que gordas y lucidas, no hay bestias como las de la Tarroeira, con perdón sea dicho.

JACOBO.—¡Aligera, padre! Que aún no he visto mis prados ni mis árboles. ¡Pero tan grabados los traigo en la memoria, que a obscuras acertaría con mis sitios predilectos! Empezaremos la visita por aquel cedro gigante, el Abraham de la Huerta, el Patriarca de los Pazos.

ROSENDO.—Ese lo tronchó un vendaval...



JACOBO.—¡Qué dolor! Y que eso no se improvisa ni se sustituye...

ROSENDO.—Sustituirlo, sí. Plantamos dos en lugar del caído, y ya tienes ahí tanta sombra como antes.

JACOBO.—No es lo mismo.

ROSENDO.—No: pero, ¿qué le íbamos a hacer?... ¿No opina usted lo mismo, amigo Fungueiro?

FUNGUEIRO.—Sí, como ustedes dos.

ROSENDO.—¡Pero es que los dos opinamos uno en contra del otro!

FUNGUEIRO.—No importa. Así no demuestro parcialidad.

ROSENDO.—Con este no hay peleas. Y como además, no hay quien le pida cuentas, vive dichoso, aunque un poco en egoísta. Sin familia, sin hijos...

FUNGUEIRO.—¡Le diré a usted!... Hijos, lo que se llama hijos, no tengo, es verdad; pero tengo calumnias.

JACOBO (*Riendo*).—¡Fungueirito!...

FUNGUEIRO.—Y aún puedo expresarme con mayor exactitud: calumnias tampoco, participación en los hechos calumniosos...

JACOBO.—Cuando yo marché, quedaba usted en amores y muy próximo a casarse. ¿Por qué se deshizo la boda con aquella Generosa?...

FUNGUEIRO.—Por Generosa, precisamente. Llevábamos relaciones muy serias: ella acariciaba la idea de casarse pronto, yo también la acariciaba algunas veces... Después... no me preguntes más... ¡Fue un episodio dolorosísimo!

ROSENDO (*Aparte a Jacobo*).—Se le escapó con uno... y volvió con otro.

JACOBO.—Menos mal.

ROSENDO.—¿Aún escuece la herida? Le creía a usted más hombre.

FUNGUEIRO.—Yo también. Pero ya ve usted que los dos estamos equivocados.

ROSENDO.—Hay que ser más fuertes con las malas memorias, Fungueiro. Y con las buenas, Jacobo. Anda, ven y presenciáramos un espectáculo curioso: es la hora de echar el maíz a las palomas y acuden en bandadas, a centenares.

JACOBO (*Contento*).—Sí, me portándose nuestro viejo palomar, ¿eh?

ROSENDO.—No. El viejo hubo que derribarlo, porque se hundía...

JACOBO.—¡Qué locura! ¡Emigrarían todas!

ROSENDO.—Ninguna. Se las encerró una temporada, criaron, y eso bastó para fijarlas en los nuevos palomares.

JACOBO (*Sentándose despechado*).—¡Lo más cuerdo será no preguntar por nada!

ROSENDO.—Pero Jacobo, hijo, ¿volveremos a repetir por los campos las mismas tristezas que has sentido en la casa? Vamos, ven, y no tengas una congoja pueril por un árbol o por una piedra más o menos.

JACOBO.—No es el árbol, ni es la piedra, es que otra vez ¡y una vez más! recibo la impresión de que nada es indispensable en este mundo y de que todo se reemplaza y se sustituye.

ROSENDO.—Naturalmente. Perdiendo en unas ocasiones y ganando en otras, cuando desaparece o muere o se arruina, hay que sustituirlo. ¿Quién lo duda?

JACOBO.—Antes, yo: ahora, ni yo.

ROSENDO.—¡Jacobo, Jacobo! Te entraron ganas de correr mundo y aquí dejaste abandonados árboles y cariños. Murió tu madre y no has pensado en volver por su muerte.

JACOBO.—¡Padre!

FUNGUEIRO (*Calmandole*).—Don Rosendo...

ROSENDO.—Quedé yo solo y no has pensado en volver por mi vida. Y ahora vuelves con una tristeza por un árbol que se tronchó y con una mueca desdeñosa para todo lo que aún existe, y yo he mejorado con la torpe ilusión de agradarte a ti... ¿Te figuras que no leo en tus pensamientos?... ¡Comparas lo que has visto con lo que ves y todo te resulta muy pobre, muy triste, muy estrecho de horizonte!... ¡Lo veo en ti, Jacobo, lo veo! Y una vez más se cumple la irrevocable sentencia de que la Tierra lograda no se parezca a la Tierra soñada.

FUNGUEIRO.—Vayan, vayan a ver sus prados y sus bosques...

ROSENDO.—Tú dirás... ¿Vamos?

JACOBO (*Indiferente*).—Vamos (*Mutis lento por derecha*).

ROSENDO (*Aparte a Fungueiro*).—No lleva prados ni bosques en el corazón: los de la tierra van a parecerle muy mezquinos... (*Mutis por derecha Rosendo y Fungueiro*).

TONO.—Amaro...

AMARO.—¿Qué, Tono?

TONO.—¿Por qué mundos habrá corrido el señorito que no vio troncharse los robles ni caerse los muros?...

AMARO.—Se imaginaría que iba a encontrar las personas y las cosas como él



les dejó al marchar y ahora todo se le vuelven asombros.

TONO.—Conmigo se quedó viendo visiones. “¡Lo que has crecido, Tono!” Yo no pude menos de brincar y fui y le dije: “Pero, ¿usted no ha crecido. ¡recontra! Pues deje usted crecer a los demás ¡reconcho!”

AMARO.—Tienes razón. Pero deja las flores.

TONO.—¿Para qué nos querrá encanijados, hombre? ¡Es muy fantástico eso!

AMARO.—Mucho. Pero deja las flores, que no tienen la culpa.

TONO.—Ya están dejadas.

(Sale MANUELA, por izquierda.)

MANUELA.—¡Gracias a Dios que se te ve, hombre!...

TONO.—¿Y eso?...

MANUELA.—¿Y eso?... ¡Qué descastado eres!... Con piel de raposo te habías de vestir y muchos te conocerían.

TONO.—Es un suponer tuyo...

MANUELA.—Ayer fué sábado... y estuve esperando a la puerta.

TONO.—Volvimos muy tarde de la feria, y como eran ya más de las diez... no te ví.

MANUELA.—¡A las diez estaba, y a las once estaba!

TONO.—Pero no estabas a las doce.

MANUELA.—¡Dijiste que pasaras más de las diez, embustero!

TONO.—¿Y las doce no son más de las diez ¡caray!...

MANUELA.—Son, son... ¿tienes queja de mí?

TONO.—Al contrario: estoy muy agradecido, y así lo digo.

MANUELA (*Intranquila*).—¿Lo dices?

TONO.—A ti sola.

MANUELA.—Eso, gracias a Dios, aún no es decirlo.

TONO.—¿Qué te figurabas de mí?

MANUELA.—¿Y luego?... ¿Nos casamos?... La Maruja preguntó que cuándo.

TONO.—Solo porque ella lo sepa no es lugar de apresurarse.

MANUELA.—Por nosotros, naturalmente. ¿Puedo ir preparando la ropa?...

TONO.—Puedes. En tenerla arreglada yo no veo mal.

MANUELA.—Bien me decían que no te hiciera caso, que tú dejás y tomas una cada ocho días.

TONO.—Un mes llevamos: ya ves si mienten.

MANUELA.—¡Ya acertarán, ya, que todas te agradan y a todas las desprecias y yo pasaré igual que todas, que eres tú con las mujeres como el señor de Tenorio!... ¡Ay, si nosotras supiéramos antes lo que sabemos después de conoceros!...

TONO.—Pasaría lo mismo.

MANUELA.—No digo que no; pero de otra manera. Y tú no te acerques más a mí. ¡No te acerques, ladrón!

TONO.—¡Y si yo no me muevo!...

MANUELA.—¡Vete de ahí, renegado! ¡Vete, pillo!

TONO (*Riendo*).—¡Que te pones guapa, Manuela!

MANUELA.—¡Vete, falso!

TONO.—Y enguapaciéndote no me voy.

MANUELA.—Conmigo se acabaron ya las bromas.

TONO.—¿A las nueve en tu puerta?

MANUELA.—No.

TONO.—¿A las nueve y media?

MANUELA.—¡Si es que no te quiero a ninguna hora!

TONO.—¿A las diez?

MANUELA.—A las diez, bueno. Muy falsos le son, madre mía, pero como en hombres no hay otra cosa...

TONO.—Y que hoy estás preciosísima...

MANUELA.—¡No vuelvas con embustes!

TONO.—Preciosísima, Manueliña. ¿Has visto las zarzas, llenas de moras?

MANUELA.—Vilas, por Septiembre.

TONO.—¿Y el cerezo, prendido de cerezas?

MANUELA.—Todos los Junios.

TONO.—¿Y el fresal cabeceando de fresas?

MANUELA.—Todos los Mayos.

TONO.—¿Y te has visto los labios tú?...

MANUELA.—En todos los espejos, y en el agua clara, que da miedo el mirarla, porque tiembla una misma.

TONO (*Toda esta parte risueña y muy viva*).—Pues fresones, cerezas y moras no me apetecen lo que tus labios, Manueliña rica.

MANUELA (*Inmóvil*).—No quiero...

TONO (*Abrazándola*).—Ya lo sé...

AMARO (*Tose. Cuando le miran*).—Es del catarro; ya hace días que lo tengo.

MANUELA.—Dispensade, que le llevo mucha prisa. (*Mutis rápido por derecha*.)

AMARO.—Se conoce.

TONO.—No puede uno fiarse de que digan que no quieren.

AMARO.—Tú ya no te fías. Y esos mo-



dos tuyos son muy sencillos cuando las mujeres no interesan.

TONO.—Dí que tú eres un pasmón, que si no, otra avenencia tendrías.

AMARO. — Peregrina no es como las demás.

TONO.—¿Probaste?... ¿No?... Y entonces, ¿por qué lo niegas?... Dí que eres tú el pájaro bobo y no la desacredites a ella.

AMARO.—Si yo no pensara que así adelantaría algo...

TONO.—Experimenta a ver... De todos modos, el abrazo no le pierdes.

AMARO.—¿Quién sabe!...

TONO.—De fijo que ganas. A lo mejor lo está ella deseando y quedas tú feamente.

AMARO.—¡Calla, que viene!

TONO.—Pues más a punto... ¡Haz como yo! ¡Y buena suerte, Amaro! (*Mutis por derecha.*)

(Sale PEREGRINA, por izquierda.)

PEREGRINA.—¿Quién marcha ahora?

AMARO.—Tono, ¿Es verdad que fuiste anoche junto a la echadora?

PEREGRINA.—Sí.

AMARO.—¿A qué?

PEREGRINA.—A que me diga el destino.

AMARO.—¿Y cuál es?...

PEREGRINA.—Aún no respondió. Faltan cuatro vueltas de la tierra para mudar de la luna, y esas aguardo la respuesta. Y antes he de llevarle manteca salada por mi mano, y una cosa que sea de persona que me quiera mal.

AMARO.—¿Y quién te querrá mal a ti, Peregrina?

PEREGRINA.—Eso le pregunté yo, y entonces me dijo que le llevara cosa de persona que me quisiera muy bien. Por lo visto son las que están más cerca de querirme mal.

AMARO.—¿Te sirve algo de mí?...

PEREGRINA.—No, gracias.

AMARO. — Lo dije con voluntad, pero también lo dije sin esperanza... ¡Y yo cada día más preso en ti!... ¡Qué preciosa eres, Peregrina!...

PEREGRINA.—Amaro...

AMARO (*Con timidez y con poesía; sonriendo.*)—Peregrina... ¿has visto las zarzas llenas de moras... los cerezos prendidos de cerezas... y el fresal cabeceando de fresones?... (*Pausa; con esfuerzo y gravedad.*) Pues fresones, moras y cerezas no me apetecen lo que tus labios, Peregrina.

PEREGRINA (*Enojada, pero sin violencia.*)—Amaro, Amaro...

AMARO (*Tendiéndole timidamente los brazos.*)—Mira que si me dejaras gustarlos...

PEREGRINA (*Inmóvil y secamente.*) — No.

AMARO (*Empezando el abrazo.*) — Peregrina...

PEREGRINA (*Inmóvil.*)—¡No!

AMARO (*Desistiendo.*)—No puede ser... Las palabras suenan de otro modo cuando salen de otra boca. Tono aconsejó equivocado.

PEREGRINA.—¡Es un atrevido!

AMARO.—Y yo lo soy, pero contigo no llego; me sobra el quererte.

PEREGRINA.—¡Igual adelantarías!

AMARO (*Fiero.*)—¡Eso no! Que manso no soy y no le tengo miedo a nacido. ¡Dí que te quiero!

PEREGRINA.—Aunque no lo diga.

AMARO. — ¡Dílo, dílo!... Sin decirlo, no; que si desapartamos el amor entre nos y queda la fantasía nada más, cuando me dé la gana ¡bésote!

PEREGRINA.—¡Amaro!

AMARO.—¿Como lo oyes!

PEREGRINA (*Retrocediendo.*)—¡Amaro!

AMARO.—¡Y ahora mismo ha de ser!... (*Con alma, pero sin gritar.*)

PEREGRINA.—¡No!

AMARO.—¡Sí!

PEREGRINA.—¡No!

AMARO (*Trincándola.*)—¡Sí!

PEREGRINA.—¡Amaro suelta, Amaro!...

AMARO.—¡No!

PEREGRINA.—¡Suelta, ladrón!

AMARO.—¡No!

(Sale ROMUALDITO y después ABAD por izquierda.)

ROMUALDITO (*Cogiendo al Amaro.*) — ¿Qué es esto?

AMARO (*Rechazándole con una mano, mientras con la otra sigue sujetando a Peregrina.*)—¡Lo que sea!

ROMUALDITO. — ¡Comprende que no es moral, ni decente, ni!...

AMARO (*Rabioso.*)—¿Me deja usted, sí o no?

ABAD (*Cogiendo a Amaro por el cuello y por un hombro.*)—Que también estoy yo aquí.

AMARO (*Queriendo soltarse.*)—Déjeme usted...

ABAD (*Sacudiéndole.*)—En cuanto alces la voz te doy una patada que...



ROMUALDITO (*Cogiendo al Abad.*)—¡Por Dios y por la Virgen, señor Abad, no se arrebate usted!...

ABAD (*Echando unos pasos al Amaro.*) No me incomodo, pero sin incomodarme le doy lo ofrecido. ¡Ya sabes que te la doy!

AMARO (*Fosco, pero humilde.*)—Sí, señor...

ROMUALDITO.—Nosotros no debemos intervenir más que con súplicas...

ABAD.—Quite usted de ahí, cura, que usted no entiende de esto.

ROMUALDITO.—Y poner la otra mejilla...

ABAD.—¡Cá!

ROMUALDITO.—Así no le querrán a usted sus feligreses...

ABAD.—¿Que no? Ven acá, tú, Amaro. Acércate. ¡Ven acá, porra!

ROMUALDITO.—¡Señor Abad!...

ABAD.—Es lo único que ha entendido. Durante la enfermedad de tu madre, ¿quién mandó las gallinas para el puchero?

AMARO.—Usted...

ABAD.—¿Quién te enseñó a leer y a contar?

AMARO.—Usted...

ABAD.—¿La tarde que faltaste a la procesión por irte a jugar a las chapas con otros zanganotes, quién te dió un pescozón?

AMARO.—Usted...

ABAD.—¿Y tú me quieres o no me quieres?...

AMARO.—Sí, señor Abad, que le quiero... y a la Peregrina también.

ABAD.—Son cosas distintas. A las siete estarás en la Rectoral.

AMARO.—Estaré, sí, señor...

ABAD.—Y no te olvides de que conmigo tendrás siempre lo que más necesitas: gallinas, consejos o pescozones.

AMARO.—Muchas gracias.

ABAD.—¡Y largo! (*Mutis Amaro.*)

ROMUALDITO.—¿Te hizo daño?

PEREGRINA.—¡Qué iba a hacer! Y si tardan ustedes en acudir le arreo yo a él.

ROMUALDITO.—¿Serías capaz?...

PEREGRINA.—¡Vaya!

ABAD.—A tus quehaceres.

PEREGRINA.—¡No tengo la culpa!

ABAD.—Sí, la tienes.

PEREGRINA.—No sé en dónde.

ABAD.—De arriba a abajo. A tus quehaceres.

PEREGRINA.—Pero conmigo no se enfade... (*Marchando.*)

ABAD.—En estos negocios no riño nunca con hombres ni con mujeres.

PEREGRINA.—¿Pues con quién?

ABAD.—Con la Naturaleza, que es la gran culpable.

PEREGRINA.—Usted sabrá por qué lo dice... (*Mutis por izquierda.*)

ABAD.—No había cuidado. Cuando ellas no quieren...

ROMUALDITO.—¡Es que no debían querer nunca!

ABAD.—¿Nunca?... A usted habrían de darle una parroquia en el Cielo, que es en donde sabría gobernarla, pero en la Tierra se quedaba usted sin rebaño en un par de meses.

ROMUALDITO.—Respeto esa opinión, por ser de usted, pero, dicho sea sin ánimo de censura, el procedimiento suyo no está muy ajustado a los cánones.

ABAD.—¿Cómo que no?...

ROMUALDITO.—No, señor. *Suprema lex...*

ABAD (*Cogiéndole bruscamente de un brazo.*)—¡En castellano, Cura, en castellano!

ROMUALDITO (*Espantado y luego afligido.*)—¡En castellano no lo sé decir con tanta claridad!...

ABAD.—¡Acabáramos, hombre! Siga por donde quiera.

ROMUALDITO.—Decía que los sagrados textos predicán la mansedumbre.

ABAD.—Unos, y otros muchos el castigo implacable.

ROMUALDITO.—Fíjese en este: "*Maledicent illi et tu benedices*". (Maldecirán ellos y tú bendecirás).

ABAD.—¿Y éste? "*Qui timent Dóminus, speraverunt in Dómino*". (Los que temen a Dios, esperan en Dios).

ROMUALDITO.—"*Suavis Dominus universis*"... (Suave es el Señor con todos).

ABAD.—¿Y éste? "*Beneplacitum est super tinentes eum*". (Se complace—suple Dios—en los que le temen). (Todas las citas son de los Psalmos).

ROMUALDITO (*Cogiéndole del brazo.*)—*Dominus dixit...*

ABAD (*Soltándose y cogiéndole él.*)—*Dixit, dixit...*

ROMUALDITO.—*Qui suavis...*

ABAD.—¡*Qui timent, Cura, qui timent!!* (*Mutis por izquierda los dos curas, aporreándose con latines; Romualdito apacible, y el Abad iracundo.*)

(*FUNGUEIRO, por derecha; entró un momento antes de salir los curas, y, sin que*



ellos le vean, los mira atónitos. ROSENDO, por derecha.)

FUNGUEIRO.—*Vobiscum...*

ROSENDO.—¿Eh?...

FUNGUEIRO.—Que van peleándose en *Dóminus Vobiscum*, y no pude sacar nada en limpio. Yo creía que el señor Abad no era muy sabihondo en latines, pero al oír que lo habla...

ROSENDO.—Al hablarlo es cuando se le nota más que no lo sabe...

FUNGUEIRO.—¡Ah!...

ROSENDO (Con nobleza, pero triste).—Seguiremos en latín, Fungueiro...

FUNGUEIRO.—¿El qué?

ROSENDO.—Jacobo vuelve a marcharse.

FUNGUEIRO.—¿Qué dice?

ROSENDO.—Todo lo iba mirando con odio, como si cada planta fuese una traición, y al llegar a los Molinos, en donde yo esperaba que los edificios nuevos y las máquinas poderosas le causaran una alegría enorme...

FUNGUEIRO.—¡¡Como que aquello es magnífico!!

ROSENDO.—Iba yo acechando el instante de gozo y de satisfacción que en él se produciría... ¡y al encontrarme otra vez con la mueca desdenosa, con que aquello, que nos parece grandioso, es pequeño!... ¡y lo desprecia! fué tan brusca la ira mía, que hubo un momento en que tuve la absurda tentación de que a él y a mí nos trituraran las piedras del molino.

FUNGUEIRO.—Pero, ¿qué piensa ese muchacho.

ROSENDO.—Piensa que aquí no hacía falta, que hizo mal venir y que debe marcharse. ¡Y tiene razón! Falta material para segar un prado o cobrar un foro, no hacía ninguna. La vida de todos no va a detenerse por la ausencia de uno. Lo que no hace un hombre lo hace otro hombre, y en paz. Y esto, unido al desencanto de que sus ojos de hombre no vean lo que miraron sus ojos de niño, lo lleva a marchar.

FUNGUEIRO.—Pero en Jacobito hay además una razón de afecto.

ROSENDO.—Esa la sabe usted; él no.

FUNGUEIRO.—Usted no le dejará irse...

ROSENDO.—¿Yo?... Las puertas, las ventanas, hasta los muros tiraría al suelo, para que tuviera franco el camino, que siempre es pequeña una casa para guardar a un ingrato (*Marcha.*)

FUNGUEIRO.—¡Don Rosendo!

ROSENDO (*Sin detenerse.*)—¡Las puertas, las ventanas, los muros, y si es preciso la casa también. (*Mutis por izquierda.*)

FUNGUEIRO.—Y pensar que a estas fechas, si Generosa no se me escapara, estaría yo casado y con hijos que empezarían a darme disgustos, además de los que me diera la madre... ¡Bendita sea la hora en que se escapa la mujer que uno quiere!... (*Marcha hacia foro.*)

(*Sale JACOBO, por derecha.*)

FUNGUEIRO.—Hombre, Jacobo. no me parece bien.

JACOBO (*Secamente.*)—Es posible; pero yo no le he preguntado a usted qué le parece nada.

FUNGUEIRO (*Desconcertado.*)—Comprendido... Buenas tardes. (*Mutis por derecha.*)

PASTORIZA (*Por derecha, con un gran brazado de flores, y flores también en la cabeza y en el pecho.*)—¿Está la Peregrina?...

JACOBO.—¡Peregrina!

PASTORIZA.—¡Ay, don Jacobo! ¿qué fué de usted tantos días?...

JACOBO.—Estuve malucho.

PASTORIZA.—¡Abríguese, que los relientes le son muy fatales. Me dijeron que la Peregrina anda a vueltas por el destino, y como ella lo merece, que tiene nombre de errante y dice palabras de Dolorosa, vengo yo para anunciárselo.

JACOBO.—¿Usted?...

PASTORIZA.—¿Usted?... ¿Me trata de usted?... ¿No me conoce, don Jacobito?... Soy la Pastora, la de Cotón, la hija del Pataco. ¿No se le recuerda ahora?

JACOBO (*Sin recordar.*)—Sí, sí...

PASTORIZA.—Pues soy esa, que enviudé del Antonio, de Vilaboa.

JACOBO.—¿Y tú remedias los males?...

PASTORIZA.—¡Si pudiera, pronto los remediaba todos! ¿Qué tienes, descolorido? ¿Mal de cuerpo? ¿Pues toma puñados de salud! ¿Qué tienes, pobre?... ¿pobreza?... ¿Toma puñados de dinero!... ¿Qué te falta, espiga de los campos?... ¿Calor? Pues toma puñados de sol. Y así a todos y para siempre, salud, dinero, sol... y a puñados, a puñados, a puñados.

JACOBO.—Bien sería; pero no es...

PASTORIZA.—Si yo fuera mujer de un rey, levantaba las contribuciones para todo el pueblo; si fuera Papa, bendecía a todo el mundo, y a todas las ánimas benditas



les perdonaba dos siglos de purgatorio; y si fuera aún más le daba un empujón al infierno y se conclufan todos los condenados.

JACOBO.—Lástima que no seas...

PASTORIZA (*Serenándose.*)—¿Quiere una flor? (*Ofreciéndole del manojo que ella traía y dejó un momento sobre la mesa.*) Del campo las traigo, pero todo lo que no sea agua o cielo o montaña, campo es, y las ciudades lo fueron y volverán a serlo cuando el Antecristo arrase las tierras para la fin del mundo. ¿Quiere una florina?...

JACOBO.—Sí, mujer.

PASTORIZA.—Por los campos las encontré. Verdad que en ellos todo se encuentra. Desde el aire para respirar y los frutos y raíces para alimentarse, hasta el sitio para descansar. Por avaricioso que sea, ¿a quién no le bastará, en vida y sin ella, un campo labrado, un campo florido y un pedazo después de camposanto?...

JACOBO.—Cierto.

PASTORIZA.—Coja la que más envidie.

JACOBO.—¿Y a dónde llevas tantas?...

PASTORIZA.—Son para el adorno de la casa. Ahora la engalano mucho porque en el tiempo sonó la hora, y un día de estos, la Pastoriza del cielo, qué es su virgen, y esta Pastoriza de la tierra, que es su madre, verán llegar al hijo.

JACOBO.—Bien venido.

PASTORIZA.—¡Y tanto que lo ha de ser! El no sospecha la felicidad que le tengo guardada!

JACOBO (*Desdeñoso.*)—¿La casa a que vuelve?

PASTORIZA.—No. (*Yendo a sentarse en el crucero.*)

JACOBO.—¿Alguna herencia cobrada?

PASTORIZA.—Y, no.

JACOBO.—¿Alguna buena moza?

PASTORIZA.—Moza fui yo también, y de mi lado marcharon, como si ellos fueran golondrinas y yo el invierno.

JACOBO.—No es la casa, ni el dinero, ni el amor...

PASTORIZA.—Es todo eso y más.

JACOBO.—¿Pero qué?...

PASTORIZA.—¿No se lo dije?... La felicidad. No se ría. Tan fijo como que es usted don Jacobo de la Tarroeira y yo Pastoriza, y Dios es bueno, y el mundo es malo, y todos somos malos nada más que por vivir todos en el mundo.

JACOBO.—Pues alabémoste, Pastora...

PASTORIZA.—A mí, no señor, que no valgo; pero a quien dispone que yo sea lo que soy y usted lo que es, alábelo de firme, que nadie perdió nada por una humildad y muchos se perdieron por una soberbia.

JACOBO.—Puede ser, sí...

PEREG. (*Por izquierda.*)—¿Qué quieren?

PASTORIZA.—A ti te buscaba, santa.

PEREGRINA.—No me llames así, que no lo soy.

PASTORIZA.—¿No eres buena?

PEREGRINA.—Eso sí, un poco...

PASTORIZA.—¿Y qué va de buena a santa? ¡Nada! Peregrina, ven, que te diga el destino. Esta noche fué y lo supe como visión.

PEREGRINA.—¿Qué supiste de mí, Pastora?

PASTORIZA.—Aún no era el amanecer, porque los gallos todavía no cantaran, y entraba por el ventano un rayo de luna, que no era más que un hilito de luz, pero como toda luz, serenaba el ánimo de los que velamos de noche.

PEREGRINA.—¿Y qué has visto?

PASTORIZA.—Primero ví un campo, por donde tú pasabas. Lo que ya anduvieras tenía hierba y ramas floridas; lo que te faltaba por andar, eran pedregales, pero a medida de tu paso, como si en tus pies llevaras semillas, rebrotaba todo... Y yo me dije: sembradora de bienes es la Peregrina. Dios fecundará la tierra que ella pise.

PEREGRINA (*Acariciándola.*) — ¡Mucha bobada soñaste, Pastorifica!

PASTORIZA.—Después ví un hombre que iba huyendo por el Desierto, sin que nadie lo persiguiera, y al fin, rendido de fatiga y abrasado del sol, cayó en la arena. De pronto, te acercaste tú...

PEREGRINA.—¿Y yo de dónde salía?...

PASTORIZA.—¡No sé... Puede que vieras en el mismo sol... ¡No lo sé! Pero te acercaste y nada más que con la sombra de tu cuerpo se le pasó la fatiga y el mortal sudor... Luego echásteis a caminar juntos, pero no cara al Desierto, sino hacia la aldea. Y yo dije: Peregrina tiene misión de consolar espíritus...

PEREGRINA (*Riéndose.*)—¿Lo de santa va a ser poco, tú!...

PASTORIZA.—No creas, ya es bastante...

JACOBO.—Y el hombre, ¿quién era?

PASTORIZA.—No lo conocí, don Jacobo... Y por último, ví una casa muy gran-



de, muy grande, tan grande, que yo me dije: ¡estos son los Pazos! Y se iba cayendo piedra por piedra...

PEREGRINA.—¡Ay, Jesús!

PASTORIZA.—Venían hombres con palas y azadones y picos, y no podían sujetar aquella ruina. De pronto viniste tú y con una mano sola amparaste la casa.

PEREGRINA.—Mucha fuerza tuve...

PASTORIZA.—Te ayudaban los ángeles. Eso no lo vi, pero lo pensé yo, ¿sabes? Y además, pensé: Peregrina tiene destino de salvadora...

PEREGRINA.—Contando con los ángeles, ¡claro!

PASTORIZA.—Los Pazos no se hundirán mientras ella viva. Y vengo a decirte lo para que te alegres del bien que te aguarda.

PEREGRINA.—Dios te lo pague, mujer...

JACOBO.—No es extraño que lo sepa: también sabe cómo vamos a ser felices todos en este mundo.

PASTORIZA.—¡Y es verdad que lo sé!

JACOBO.—Pues te creó y no seré yo quien desaproveche la ocasión de llegar tan pronto a la felicidad. ¿Tú lo sabes? ¿Dinos cómo?

PASTORIZA.—En eso me va a perdonar que no cumpa el deseo. Primero, se lo debo decir al mi hijo: después que él lo sepa, con mucho gusto; pero antes, no. Disimule, si es falta...

JACOBO.—Aguardaremos.

PASTORIZA.—Poco ha de ser. Viene en el *Oropesa*.

JACOBO.—El *Oropesa* hace ya una semana que tocó en la Coruña.

PASTORIZA (*Levantándose rápida; con angustia*).—¿Cómo dica, señor?...

PEREGRINA.—¡Don Jacobo se engaña! El *Oropesa* hasta fin de mes...

PASTORIZA.—¿Cómo dice?

PEREGRINA.—¡Que es burla, PastORIZA, que es burla!

PASTORIZA.—¿Burla?

PEREGRINA (*Riendo*).—¿No ves cómo yo me río?...

PASTORIZA.—¿Ríes de corazón, santa?

PEREGRINA.—Sí, Pastora, sí! ¿No me ves?

PASTORIZA.—Malas burlas trae: que nuestro Señor no se las cobre, don Jacobo. ¿Y cuándo llega, sabes?

PEREGRINA.—De fijo, a fin de mes. El mismo consignatario lo ha dicho.

PASTORIZA.—¿A fin de mes?... ¿Dos días entonces?

PEREGRINA.—Eso es.

PASTORIZA (*Sonriendo*).—¿Tan pronto?... Sembradora de bienes, ya decía yo que tú me darías algún bien en pago de la visión... Voy a arreglar la casa para recibirle, voy, que aún falta mucho para que la encuentre a su gusto. ¡Perdonen que les deje!... Ya volveré con mi Gaspariño a dar las gracias... ¡Adiós, adiós! (*Mutis ligera por derecha*.)

PEREGRINA.—¿Qué hiciste, Jacobo?

JACOBO.—Una sola torpeza. La de volver a donde no conozco a nadie y en donde soy un extraño. Pero hoy se termina: mañana marchó.

PEREGRINA.—¿Mañana?...

JACOBO.—Vine con el afán de amarlo todo, y todo, con su mudanza, reniega de mí.

PEREGRINA.—¡Marcha!... Pero tú ganarías más en vez de ir volandero y buscador de lo que no hay, amarrándote a un lugar fijo para cumplir tu destino de hombre de bien.

JACOBO.—El mío no debe estar aquí... porque yo he venido con amor a la Tierra... ¡y la Tierra ni me responde!

PEREGRINA.—¿No te responde?... ¡Claro que no! La Tierra es mujer honesta y no dice al hombre que lo quiere mientras puede temer que venga de burlador. ¡Quiérela tú primero! ¡Convéncela tú primero! ¡Agrádate en lo que ella tiene y ama lo que ella es!... y, ¡entonces, sin que la oigan tus oídos, ya oírás en tu corazón la voz de la tierra que responde!...

JACOBO.—Aquí me faltó un cariño para hacérmelo comprender.

PEREGRINA.—Lo que te faltó es verlos.

JACOBO.—¿Quién me quiere?

PEREGRINA.—¡Tu padre!... que mejora y enriquece tu herencia. Y alguien más, que te querrá también.

JACOBO.—¿Me quieres tú?

PEREGRINA.—Marcha, marcha y que se cumpla tu suerte.

JACOBO.—¿Y si fuera la mía el querer a una flor de los Pazos?

PEREGRINA.—Si lo fuera, aunque te vayas miles de leguas, el amor tendrás... y tendrás las ansias del lejano.

JACOBO.—Por verte un día más, he retrasado ya muchos días el marcharme. Dí que me quieres...

PEREGRINA.—¿Dílo tú primero!

JACOBO.—Como se lo diré a los árboles y a las nieblas, se lo digo a la mujer: te quiero, Peregrina, y aguardo una palabra tuya!



PEREGRINA.—Ya lo sabía... y cuando todos porfiaban que no vendrías, yo te esperaba segura y a nadie pude querer de amor, porque vivía fiada a tu promesa.

JACOBO.—¿Fías de aquellos amores de chicos?

PEREGRINA.—De bien poco he quedado sujeta, ¿verdad?... Pero en eso está el poder del destino, y lo que es en unos hebra de seda, que un soplo lo desliga, en otros es hierro y es argolla, que los hace prisioneros.

JACOBO.—¿Dí que te encontré guapa! PEREGRINA.—El destino pone siempre cuanto hace falta para cumplirse.

JACOBO.—¿Todo lo explicas a tu favor!

PEREGRINA.—Pues explícate así tú los árboles recién plantados, la casa reformada, los molinos nuevos... y verás qué hermosos son para tí los Pazos de la Tarroeira.

JACOBO.—Tu voz me suena a verdad... Te quiero, Peregrina. ¡Dímelo tú, dímelo!

PEREGRINA.—Pero antes, confiesa que tú quieres a los Pazos y que de ellos recibes el cariño que yo te doy... Que si me vieras en otro lado, sin la divina protección de la tierra, quizás ni reposaras en mí tus ojos, Jacobito...

JACOBO.—¿Pues lo diré también, como en la visión de Pastoriza!... ¡¡Sembraadora de bienes, que tu amor para mí fecunde mis Pazos!!...

(Sale DON ROMUALDITO, por izquierda.) ROMUALDITO.—Jacobo... don Jacobo de la Tarroeira... perdona mi intervención; Dios me inspira en este paso. Oyeme, como si la voz no fuera mía y fuera de quien es más que todos. A tu padre, al pobre don Endo, se le caen las lágrimas... (Jacobo, a cada párrafo de Romualdito, mira a Peregrina consultándola.)

PEREGRINA (A media voz, casi con mover los labios solamente).—¿Te quiero!...

ROMUALDITO.—No marches de aquí. Sé generoso, si algo has de perdonar, para que te perdonen a ti cuando llegue tu hora. No dejes la afición en tu casa, que la tuya es por cambiada que te parezca, y no habrá otra que valga tanto para tí. (Cogiéndole suplicante.) ¿Cedes, verdad?... ¿Me permites que sea yo quien anuncie la

buena nueva?... ¿Sí? ¡¡Sí!! Mire, don Jacobo... Mira, Jacobito... la... el... no... *In domus tuam, cara est uxor, dulces liberi, jucundi amici...* (En tu casa es grata la esposa, dulces los hijos, gustosos los amigos).

PEREGRINA.—¿Te quiero!...

JACOBO.—Tiene usted razón, don Romualdito.

ROMUALDITO (Alborozado).—¿Lo comprendes?... ¡Milagro es, Jacobo! (*Llamando muy gozoso.*) ¡Don Endo!... ¡Por tan mísero conducto quiere el cielo otorgar la ventura a mis señores!... ¡Don Endo! ¡¡Don Endo!!

ROSENDO.—¿Qué pasa?

ROMUALDITO.—La divina gracia se ha posado en nuestro don Jacobo. ¡No se marcha!

JACOBO.—¿No! (*Jacobo y Rosendo se abrazan.*)

ABAD.—Esto lo encuentro bien ¡porra!

ROMUALDITO.—¿Lo convenci, señor Abad, y en latín!

ABAD.—¿Milagro, cura, milagro!

TONO (*Abrazando a las que encuentra más cerca.*)—¡Vivan los Pazos!

ROMUALDITO.—Ya lo he dicho yo, sí, señor. Con el amparo celestial, encontré las palabras que llegan al alma.

ABAD.—¿Cuáles son?

ROMUALDITO.—*In domus tuam, cara est uxor...*

PEREGRINA.—Te quiero...

ABAD (*Abrazando a Romualdito y mirando a Peregrina.*)—Es verdad, esas han sido y esas serán por los siglos de los siglos. (*Por foro, de derecha a izquierda, se suponen que pasan los pastores conduciendo el ganado; se oyen esquilas, campanas, voces...*)

ROSENDO.—Mira, Jacobo, mira, y alégrate ya de nuevo y para siempre.

ABAD.—Mira bien, Jacobito; mira con el alma más que con los ojos, porque esto que ves, con sol, con nubes, con penas o con alegrías, esto es la casa, esto es la tierra y esto es el amor con que ella te recibe.

PASTOR 1.º—¡¡Vota pra diante, Perla!!

PASTOR 2.º — ¡¡Ou, Marcelo, ou!!... (*Siguen las voces.*)

Manuel Linares Rivas.

ADVERTENCIA.—La explicación de los latines, puesta entre paréntesis, está para conocimiento de los señores artistas y no se debe decir al público.



**Aceites y grasas  
-:- lubricantes -:-**

**OLEO-MOTOR**

*Insuperable  
para  
el engrase  
de  
los autos*



*Correas  
de  
transmisión  
y algodones  
para  
máquinas*

**SUCESORES DE E. STEINFELDT**  
Calle del Prado, núm. 15.—Teléfono 984.—MADRID



**ALMORRANAS**

internas ó externas, grietas, etc. etc.  
recientes ó crónicas. Absolutamente  
segura la curación con = **POMADA ANEMA = SMITH =**  
Último adelanto de la ciencia médica // Millares de curaciones!  
Basta un solo tubo. No lo dude usted. Cinco Pesetas caja.  
Pida muestras gratis para convencimiento resultado.

MADRID, Gayoso = BARCELONA, Segalá = ZARAGOZA, Jordán =  
VALENCIA, Cuesta = MURCIA, Seiquer y principales farmacias.  
Remítase mandando cinco Pesetas al Representante **Pousarxen**  
Marques Duero, 84 = Apartado, 481 Barcelona

**“ Z E A ”**

**PURGANTE**

eficaz, agradable, inofensi-  
vo. El mejor para los niños

**25 céntimos**



**SELLO**

cura rápidamente dolores de  
cabeza, muelas, oídos, etc.  
corrige y evita los dolores  
del período.

**30 céntimos**

De venta en Centros de Específicos, Farmacias y Droguerías de toda España.  
Especialidades “ZEA” Fontuny, 15, Barcelona.

Ayuntamiento de Madrid



# PIANOS

AUTOPIANOS y HARMONIUMS  
de las mejores marcas, al contado y  
a plazos. Unica casa en PIANOS de  
verdadera ocasión, garantizados, des-  
de 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. A finaciones y reparaciones.

CASA ALONSO  
Fundada en '865  
22, Valverde, 22.

—TELÉFONO 5.40

## Hermosura del Pecho

*Desarrollo, dureza y reconstitución de los pechos  
obtenidas en dos meses con las*

### *Pilules Orientales*

Un busto de desarrollo normal y de formas armoniosas, unos pechos firmes y bien proporcionados hacen a la mujer hermosa, al revés de los pechos flojos y que caen, que alejan las miradas hasta de las más lindas.

Es pues una ventaja y una dicha la de poder ayudar a la Naturaleza para obtener el encanto tan codiciado de un busto perfecto.

Para llegar a este resultado las mujeres iniciadas emplean las Pilules Orientales que ya no tienen iguales para sus cualidades especiales bien conocidas para adquirir el desarrollo de los pechos o para devolver la dureza y las proporciones a los que las habían perdido en consecuencia de enfermedades o de mucho cansancio, y para dar al busto líneas agradables.



Dos meses son suficientes en general para llegar a estos resultados, y no son raros los casos en los que unas semanas bastan ya para adquirir un desarrollo notable.

Así escribe una señora :

*"Hacen quince días que tomo las Pilules Orientales y con mucho júbilo puedo ver ya resultados verdaderamente maravillosos".*

Y otra aún escribe :

*"Un solo frasco de Pilules Orientales fué bastante para hacer desaparecer dos huecos que llevaba a los lados del cuello y para*

*endurecer mis pechos que antes estaban flojos. Ahora poso ya un busto que dá gusto a verle, cuando desesperaba ya de volver a ser como antes. Estoy entusiasmada en absoluto de estas Píldoras."*

A demás de esto las Pilules Orientales poseen una acción muy beneficiosa sobre el estado general de la salud y pueden ser tomadas aún por las personas de constitución delicada. Como no contienen arsénico, ni otras sustancias dañosas, pueden ser tomadas sin recelo.

Desde generaciones ya, se cuentan por millones las mujeres y las muchachas que deben a estas Píldoras la hermosura de su pecho y que les son pues muy agradecidas.

Algunas píldoras para tragar cada día y nada más, y este tratamiento muy fácil puede ser seguido en secreto.

J. RATIÉ, farmacéutico, único preparador, 45, rue de l'Echiquier, Paris.

Un frasco con instrucciones se remite por correo enviando, 7.50 pesetas en libranza o giro postal a Viuda de Cebrian y Cia. Lauria, 26, Barcelona.

De venta en Barcelona : Farmacia Oliver, Hospital 2, y demás farmacias, en Madrid y otras ciudades. En todas las farmacias y droguerías de la América Central y del Sud.